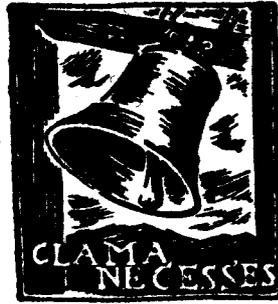


CRISTIANIDAD



83

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

1 SEPTIEMBRE

1947

Una de aquellas dos entre las más lamentables lacras heredadas del mundo pagano y con las cuales tuvo que enfrentarse el Cristianismo es la esclavitud. ¡Cuánto se ha tenido que combatir para ver desarraigada de la sociedad esta cruel humillación de la naturaleza humana!

De la persistencia del mal dan idea los siglos transcurridos sin poder ver coronado por el éxito el esfuerzo para cicatrizar la tremenda herida abierta en la carne viva de la Humanidad.

Sin embargo, poco a poco ha ido siendo desterrada tan penosa calamidad.

Mucho ha trabajado la Iglesia en tal sentido. Los Papas, todos, fueron en su tiempo, dando pasos decisivos para la abolición de la esclavitud, muy a pesar de las poderosas fuerzas que en todo momento se han colocado en frente de estos humanos intentos.

De todos es sabido las ingentes riquezas que la trata de hombres proporcionaba a quien se dedicaba a tan repugnante comercio. Las condiciones de trabajo en América acarrearón el transporte en masa de negros africanos, y tal estado de cosas persistió hasta época muy moderna.

San Pedro Claver es uno de los esforzados apóstoles de los negros. A él dedicamos el presente número con ocasión de la conmemoración, en estos días de su fiesta. Pero además no podemos menos de traer a este número la labor permanente de la Iglesia Católica, desde el mismo punto en que fué instituida por Aquel que vino a predicar la igualdad entre los hombres, tarea que fué siempre orientada hacia la abolición definitiva de la esclavitud, este mal terrible como lo califican los Romanos Pontífices.

El Editorial se titula. **La Iglesia y la Esclavitud.**

Siguen los artículos:

Muestra de naciones en Cartagena de Indias, P. Fiter (págs. 370 a 373); **La Iglesia Católica contra la esclavitud**, (págs. 374 a 376); **La abolición de la esclavitud, obra del catolicismo**, Jaime Balmes (pág. 377); **El culto a San Pedro Claver, en su pueblo natal**, por Manuel Sastre (págs. 378 y 379); **Golgs de Sant Pere Claver**, J. Verdaguer (pág. 379); **San Pedro Claver**, (págs. 380 y 381); **El Sodalicio de San Pedro Claver**, (pág. 382); **Los mártires de Uganda**, (pág. 383); **Norte contra Sur**, por Luis Creus Vidal (págs. 384 a 387); **Nuevas formas de esclavitud**, por José-Oriol Cufí Canadell (pág. 388 y 389); **Orientalidad de la fiesta del Nacimiento de María**, por el P. Manuel Candal, S. J. (págs. 390 y 391); **La conspiración comunista**, por Luis F. Buzdenz (pág. 392).

Ilustran el presente número dibujos debidos a la pluma de Ignacio M.ª Serra Goday y otros.



La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

Europa

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán, Florencia, Génova

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

América

CANADA: Ottawa, Québec, Montreal, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Alburquerque, San Antonio de Tejas

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia, Mérida del Yucatán

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: San Juan, Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

CRISTIANDAD

NÚMERO 83 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Septiembre de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567

MADRID

La Iglesia y la Esclavitud

El tema de la esclavitud, siempre de actualidad, pasó en el transcurso del siglo pasado, por una época de interés palpitante. Mientras aumentaban, a partir del Congreso de Viena, las presiones que se hacían cada vez más intensas, para que las grandes potencias interviniesen en la cuestión y se decretara como principio de derecho internacional la abolición de la trata de negros, apareció una extensa literatura en pro y en contra de la esclavitud. Buena parte de las obras destinadas al gran público se apoyaban en consideraciones de orden sentimental que a su vez tenían origen en el espíritu filantrópico tan en boga en aquella época.

Es admirable ver cómo en toda circunstancia la Iglesia con serena y tranquila majestad señala claramente las doctrinas. A buen seguro no es posible hallar mayor oposición que entre los principios de la Iglesia y los de la esclavitud. Al afirmar enérgicamente la igualdad esencial de todos los hombres, todos ellos redimidos por la Sangre preciosa de Jesucristo, destinados a ser miembros de su cuerpo místico, y por lo tanto hermanos, y todos destinados a la eterna bienaventuranza mina a la esclavitud por su base. Un hermano no puede considerar a otro hermano como una cosa, como un instrumento a su servicio.

La Iglesia tenía ya una larga experiencia en esta cuestión. Cuando apareció en el mundo después de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, el domingo de Pentecostés, el sistema económico universal estaba basado en la esclavitud. Basta leer los inspirados y documentados capítulos que Balmes en «El Protestantismo» dedica a esta cuestión para tener una idea de la magna labor realizada por la Iglesia, verdadera autora de la abolición de la esclavitud.

Cuando fué introducida en los países recién descubiertos los Papas la condenaron con firmes acentos, aunque «esta calamidad había enraizado profundamente, debido a la persistencia de su innoble causa, que era la sed inextinguible del lucro». Pío II, León X, Paulo III, Urbano VIII, Benedicto XIV, Pío VII, Gregorio XVI, se distinguieron en esta cruzada. Paulo III castiga con excomunión reservada a la Santa Sede, a los que atenten contra la triple facultad que debe reconocerse a cada uno de los hombres: ser dueño de sí mismo, vivir en sociedad según sus leyes y el derecho a la propiedad. La Iglesia acude a la lid, en defensa de los derechos de los hombres, ya sean o no hijos suyos, y de esta institución, que ha cuidado siempre como las niñas de sus ojos, que se llama la familia, la cual se halla fundamentalmente afectada y destruída por la esclavitud.

Tal vez los esclavistas modernos no llegaron al extremo de los grandes filósofos antiguos de «no ruborizarse de enseñar que la raza de los esclavos es muy inferior, a la raza de hombres libres, y que por lo tanto es preciso que los esclavos, como instrumentos faltos de razón y de prudencia, sirvan en todas las cosas a la voluntad de sus señores», según palabras de León XIII, pero hablaron largamente de «razas inferiores» y en la práctica llegaron a iguales o semejantes resultados.

Lo que la Iglesia es capaz de realizar con estas pretendidas «razas inferiores» nos lo muestran las bellísimas escenas de la persecución de Uganda, con su pléyade de mártires, muchos de los cuales han merecido los honores de los altares, página que no cede en heroísmo y grandeza a las más grandes y heroicas de las persecuciones de la Roma Imperial.

Y en estas mismas comarcas que fueron teatro de las más salvajes cacerías de esclavos se verifican hoy conversiones en masa, tierras «donde el Espíritu Santo sopla en huracán», presagio de su futura próxima conversión y a cuyos individuos la Iglesia no ha vacilado en considerar dignos de escalar las más elevadas cimas de la Jerarquía eclesiástica.



Muestra de naciones en Cartagena de Indias

LOS NEGROS. - SU ESCLAVITUD. - TRATA DE NEGROS EN TIEMPO DE SAN PEDRO CLAVER.
EUROPA CON RELACIÓN A LOS NEGROS. - TRATO DADO A ESTOS EN LAS COLONIAS EUROPEAS.
LEGISLACIÓN ESPAÑOLA.
INFLUENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD.

Por Ignacio FITER, S. J.

PRESENTACIÓN DEL P. FITER

En la vida de los hombres extraordinarios, se hallan siempre facetas insospechadas de su trabajo en que emplearon largas horas de su febril actividad, las cuales generalmente palidecen y se olvidan ante su obra principal, por la cual son habitualmente conocidos. Todo el mundo conoce al P. Luis I. Fiter como el gran restaurador de las Congregaciones Marianas no sólo de Barcelona ni de España, sino del mundo entero, en los tiempos modernos. Pero pocos saben que al P. Fiter le quedaba tiempo, a pesar de su agotador trabajo diario, como Director de la Congregación de Barcelona, para dedicarlo a otras empresas que, si muchas veces hubo de abandonar inconclusas ante las exigencias de su obra, no por eso las tomó, en sus momentos, con menos entusiasmo ni dejan de contribuir a la visión completa de su compleja personalidad.

En sus tiempos de noviciado quiso escribir una historia del monasterio de Veruela, que no pasó de proyecto, aunque tenía recogidos ya algunos documentos; en cambio terminó una relación histórica de la Virgen de Meritxell y unos folletos sobre el agua de San Ignacio. Una gran parte de la labor que realizó al frente de la Congregación de Barcelona, fué también obra de historiador, pues precisamente estas cualidades suyas le permitieron ahondar en el verdadero espíritu de las antiguas Congregaciones Marianas a fin de crear sobre él las actuales.

El P. Puiggros llega a afirmar que "el P. Fiter era del ramo de los eruditos, aficionadísimo a buscar viejos documentos y hubiera sido en ello notable, si no le hubiera dedicado la santa obediencia a ministerio tan diferente". Claro que, como hemos insinuado, el Padre supo sacar todo el provecho de estas aficiones.

Una notable muestra de sus dotes de historiador la constituyen los Apéndices que escribió, durante los dos primeros años de Director de la Congregación, para la vida de San Pedro Claver del P. José Fernández S. I., en la edición refundida por el P. Juan M.^a Solá S. I. (1), de los cuales se complace hoy CRISTIANDAD en exhumar unas páginas maravillosas.

Pero tanto en éste como en los demás casos citados, el P. Fiter no pretendió hacer labor de mero erudito sino satisfacer una especial finalidad apostólica o dar rienda suelta a sus acendradas devociones. Así sucede con los Apéndices a que venimos refiriéndonos, como se demuestra por la especial devoción que al apóstol de los negros tuvo, al decir de sus biógrafos y conocedores, y puso de manifiesto al dar el título de este santo, a la obra de apostolado obrero por que tanto suspiró hasta verla realizada, el Centro de San Pedro Claver, que aun hoy día constituye uno de los mejores timbres de gloria de la Congregación de Barcelona. Por eso, estos Apéndices tienen un encanto especial, porque traslucen un corazón amatísimo, cuyo calor se transmite insensiblemente al lector.



R. P. Luis Ignacio Fiter, S. I.

José M.^a Vilaseca Marcet, Abogado
Asistente 1.^o de la Congregación Mariana de Barcelona

(1) «Vida de San Pedro Claver de la Compañía de Jesús, apóstol de los negros» Barcelona, Imprenta y librería de la V. e H. de J. Subirana, 1888, un volumen en 8.^o de 621 pág., de los cuales los apéndices puestos por el P. Fiter ocupan casi 100 páginas.

No siendo posible, en los estrechos límites de un apéndice (1), tratar con la debida extensión las graves y múltiples cuestiones que envuelve la esclavitud de los negros, indicaremos solamente algunas ideas y hechos, suficientes

para poder formar juicio exacto acerca de tan importante materia.

La raza negra, llamada también africana y etiópica, vive en el Africa central, occidental y meridional, y en algunas islas de Oceanía. Tienen los negros aplastada lateralmente la cabeza, la frente estrecha y echada atrás, nariz chata, pómulos muy salientes, mandíbulas grandes y

(1) Apéndice VIII. por el P. Luis Ignacio Fiter a la obra «Vida de San Pedro Claver», S. I. por los PP. José Fernández y Juan M.^a Solá.

prominentes, incisivos oblicuos, labios muy gruesos, pelo negro, lanoso y ensortijado, barba clara y fuerte y piel más o menos negra. A causa del estado salvaje en que viven tienen poco desarrollada su inteligencia; pero no les falta capacidad para adquirir poco a poco la cultura del hombre blanco. «Después de haber permanecido durante veintitrés años entre los descendientes de Cam, dice Cazalés, y haber procurado serles útil, me siento movido todavía a hacer cuanto pueda en beneficio de una raza cuyas desgracias han conmovido profundamente mi corazón; y que, no obstante su envilecimiento, considero no menos perfecta que la nuestra desde el punto de vista de las facultades del alma, del corazón y de la inteligencia.» Ciento ochenta millones de hombres que comprende la raza negra viven todavía en las tinieblas de la idolatría, en tanto que las misiones católicas se esfuerzan en penetrar en el interior de Africa para difundir allí la luz del Evangelio.

La esclavitud de los negros

Una de las causas principales de la esclavitud entre los negros eran las guerras tan bárbaras como frecuentes en sus regiones. Además, los negros de ciertas partes de Guinea eran reducidos a aquel miserable estado por sentencia de las autoridades o jefes de ellos, en castigo de delitos graves y aun levisimos; pues bastaba, no pocas veces, para sufrir castigo tan atroz, que un negro hubiese robado a otro una gallina. Finalmente, sin que los negros hubiesen cometido culpas leves o de consideración, y no por causa de guerra, sino en tiempo de paz, eran arrebatados por otros negros más poderosos, quienes con la venta de aquellos adquirían de los naturales del país pelos de elefante, dientes de pantera y objetos semejantes, o espejuelos, retazos de paño de varios colores, vidrios y otras chucherías de los europeos, los cuales no siempre pudieron hacer su comercio a tan bajo cambio, pues en tiempo de San Pedro Claver, el vino, aceite y otros artículos de comercio constituían el precio de la adquisición de esclavos.

Lo que por ellos hacía el santo, en su vida queda extensamente referido. Amaba San Pedro Claver a los negros con cariño de padre y madre; dolíase amargamente de su afligida situación y más aún de su idolatría. ¡Cómo le llegaban al alma la falta de fe y el triste y lastimoso estado de aquellas pobres gentes! No aguardara San Pedro Claver a los negros en el puerto de Cartagena si le hubiese sido concedido ir al Africa, para evangelizarles en su propia patria, aun a costa de su sangre, a semejanza del padre Gonzalo de Silveira y otros insignes misioneros. ¡Ah, decía suspirando el ilustre apóstol, *quién se viera en las costas de Guinea, Carabal y Arda, convirtiendo almas de aquellos pobres negros!* Y no parando en deseos, pidió licencia a los superiores para llevar el Evangelio a aquellas partes. Pero Dios le quiso en Cartagena, para hacerle «apóstol del mundo, porque el mundo pasaba muestra de naciones en Cartagena». Allí se hizo esclavo de los esclavos, amigo y protector de los pobres negros que Europa arrancaba al Africa para cultivar las plantaciones americanas, y el santo cuidaba de ganar para el cielo, con un heroísmo que pone espanto, y con ardiente y maravilloso celo.

Tomando las cosas como estaban, San Pedro Claver levantó muy alto su pensamiento. Los armadores iban al Africa para negociar con negros; pero en manos de Dios, cuya infinita misericordia sabe sacar bien del mal, eran aquellos hombres el medio que facilitaba al celo de los misioneros de América la salvación de innumerables almas. Desde este punto de vista, San Pedro Claver hacía oración

por ellos; en este sentido, rogábales que, pues ellos eran los que iban al Africa *«le truxesen a Cartagena muchos negros que cristianizar»*. Este era el único y vehemente deseo del santo apóstol, ser el paño de lágrimas de los esclavos que eran vendidos en las costas de Africa, y librar de eterna condenación a aquellos infelices cuyo tráfico estaba reconocido entonces por el derecho público de Europa en la manera que vamos a indicar.

Europa con relación a los negros

Cualesquiera que sean los indicios acerca del comercio de negros por los europeos en otros siglos, cuando éste aparece claramente establecido y cobrando rápido incremento es en el siglo xv entre los portugueses. Años después, con motivo del descubrimiento de las Américas, suena el nombre de España con relación a los negros. Pero digamos lo que es verdad: si Las Casas, el exagerado acusador de los españoles, no sugirió directamente el tráfico de negros, lo cual no tenemos inconveniente en admitir, es cosa cierta que influyó mucho en la trata su proposición de que se permitiese a los colonos de las Antillas introducir negros, ya que el trabajo era menos mortífero para éstos que para los indios. Pero en aquel tiempo había en España una gran figura, un hombre en quien el verdadero carácter español brilla con toda su integridad y alteza de pensamientos, el Cardenal Jiménez de Cisneros. ¿Qué hizo Cisneros cuando, en 1517, se le ofreció la propuesta de llevar esclavos a la isla de Santo Domingo? La rechazó, y durante su regencia el tráfico negrero quedó prohibido. Estaba reservado a los flamencos, a La-Brusse, favorito de Carlos V, alcanzar del emperador el privilegio de poder introducir en Santo Domingo cuatro mil negros de Guinea, privilegio que La-Brusse vendió poco después a los genoveses. A todo esto, el mercado de negros fué haciéndose cada día menos odioso en Europa. En 1532 volvió a España el privilegio de concesión; pero, en 1542, Carlos V prohibió dicho tráfico, que ya se disputaban rabiosamente portugueses y holandeses, los cuales tuvieron bien pronto por rivales a los ingleses, estimulados por el ejemplo de la reina Isabel y de los reyes Jacobo I, Carlos I y de los principales cortesanos, que se apresuraron a tomar acciones entre los empresarios. En 1580 fueron de nuevo los genoveses los que alcanzaron de España la concesión del referido comercio. En 1595 se celebró en Madrid el contrato estipulado por nueve años a favor del portugués Gómez Reinel, y a aquél siguieron otros contratos, en favor de los portugueses, hasta la independencia de Portugal (1640). A los portugueses reemplazaron los holandeses e ingleses. Felipe V concedió el monopolio a los franceses por doce años (1701 a 1713); pero Inglaterra, en las proposiciones de la paz de Utrecht (1713), lo pidió por treinta años. Con este tratado pasó a favor de los ingleses la «merced del asiento», que era el privilegio exclusivo de trasladar negros a las colonias españolas. En realidad, desde 1562, en que Hawkings hizo el primer cargamento de negros, hasta 1789, en que se trató de abolir el tráfico, Inglaterra no cesó de practicarlo, y, no obstante lo mucho que en dicho año 1789 se hablaba en Inglaterra contra la trata, los buques del reino británico sacaron del Africa 38.000 negros. A principios de este siglo fué cuando tomó incremento la idea de la abolición, en la que varios ingleses habían trabajado antes con ardor, pero sin resultado; y en Inglaterra también se instituyó, en 1839, una sociedad para extinguir la trata de negros y civilizar el Africa, gastando en tan noble intento muchos millones. Hacemos esta confesión en favor de ciertos in-

gleses con tanto mayor gusto, en cuanto acerca de Inglaterra escribió César Cantú: «la constante propensión de esta nación a ser la dominadora de las demás con arte de incomprensible política, hizo dudar si en esta noble empresa atendería más a su engrandecimiento que a la filantropía, y si con el derecho de visita aspiraba a detener las naves de sus émulos, al mismo tiempo que con la abolición de la trata procuraba asegurar el incremento de sus colonias en la India, sostenidas, aunque no por negros, por otro género de esclavos».

Por lo que toca al número de negros transportados cada año a las colonias, no causa admiración leer en la vida de nuestro santo que eran conducidos anualmente diez mil, once mil o más esclavos a Cartagena, si se examinan algunas estadísticas de la trata. Por una de ellas consta que en los ciento diez años transcurridos desde 1680 a 1790 se introdujeron en la parte francesa de Santo Domingo, sólo por el comercio francés, 1.337.000 negros. En los mismos años, los introducidos en las colonias inglesas fueron 2.250.000. En otra estadística se lee que desde 1767 a 1774, doscientos setenta y cuatro buques negros condujeron desde la costa de Guinea 79.030 esclavos; es decir, más de 11.000 anualmente.

| | <u>Negros</u> | <u>Francos</u> |
|---------------------------------|---------------|----------------|
| En 1783 se llevaron o vendieron | 9.370 | por 15.650.000 |
| » 1784 » » » » | 25.025 | » 43.602.000 |
| » 1785 » » » » | 21.762 | » 43.634.000 |
| » 1786 » » » » | 27.648 | » 54.420.000 |
| » 1787 » » » » | 30.839 | » 60.563.000 |
| » 1788 » » » » | 29.506 | » 61.936.000 |

Desde 1789 a 1819 los ingleses llevaron a Cuba 300.000 negros, de los cuales murieron 50.000 en el camino.

Trato dado a los negros en las colonias europeas

El trato que los negros recibían en las colonias europeas era más duro en las pertenecientes a las naciones protestantes. Es dato muy curioso y poco conocido el que se refiere a la gran dificultad que los esclavos holandeses de Surinam tenían para lograr su emancipación; obstáculo nacido de no poder pagar las anticipaciones de dinero que a largos plazos hacía a los esclavos una compañía holandesa a cuyo frente estaba el rey. Cuando en Surinam se discutió el asunto de la emancipación de los negros, éstos promovieron algún disturbio; pero se aplicó a los amotinados la ley holandesa: la ley era ¡quemarlos vivos! Los ingleses trataban tan horriblemente a los negros, que no se puede leer sin horror el cuadro que traza César Cantú de los sufrimientos y castigos que aplicaban a aquellos desgraciados; aunque es de creer que algunas de aquellas penas no serían frecuentes.

Entre los franceses, el tratamiento de los negros era, generalmente, menos duro. Sin embargo, la Ordenanza de 1660, llamada el Código negrero francés, es severísima. Ignoramos hasta qué punto se aplicaron sus disposiciones; sólo podemos afirmar que varias de ellas fueron aceptadas por los ingleses.

Legislación española

En donde los negros lo pasaban menos mal y, relativamente hablando, puede decirse que se hallaban bien, era en las colonias de la nación española, contra la cual ha

sido, y no sabemos si será siempre moda, declamar de la manera más acerba, y no pocas veces por los que tienen mayores motivos para cerrar sus labios. Observaremos ante todo, con el padre Ricardo Cappa, que Cartagena de Colombia, ciudad española que era puerto de arribada de las expediciones negreras portuguesas, no puede tomarse como tipo para juzgar, con acierto, de la conducta de los españoles con los negros en las posesiones de ultramar. La acumulación de esclavos en depósito para la exportación o envío de los mismos a otras partes, hacia que no se les tomara cariño; pues gran número de negros estaban allí de paso solamente, aunque permanecieran en Cartagena por un plazo mayor o menor según las circunstancias. De aquí, precisamente, que el apostolado de San Pedro Claver fuese mucho más difícil y penoso de lo que hubiera sido en el caso de tener que evangelizar únicamente a negros de plantaciones; pero la dureza con que los negros eran tratados en aquel puerto endulzábala San Pedro Claver con su asombrosa y heroica caridad; y ya llegados a su destino, eran objeto de un trato mucho más humano por parte de los amos o colonos. En ello influían las Ordenes religiosas y la legislación española. Dentro del sistema colonial, ¿qué nación ha dado a sus posesiones una legislación tan prudente y equitativa, supuesta la severidad de la época, tan suave como España? «La corte de España, responde César Cantú tratando de otra cuestión semejante a la presente, era más pródiga que escasa de decretos, que hubieran necesitado fuerza y voluntad para ser eficaces.» Así dice aquel historiador; pero la historia del Cardenal Cisneros demuestra que España se esforzó en reprimir los abusos y atropellos cometidos por los conquistadores a causa de su codicia; y el relevo de gobernadores que cumplían mal las órdenes de los soberanos, y los oidores enviados para reprimir los excesos, muestran que la Corona de España tenía voluntad de que sus disposiciones fueran eficaces. Para desacreditar de una plumada la legislación española en los reinos de Indias, o los resultados de ella, sería necesario probar que fué cosa constante el carecer de eficacia dicha legislación. Si hubo gobernadores pésimos, alzaronse enérgicos declamadores y censores, sin contar al apasionado Las Casas, entre los españoles mismos, y tuvo España en América y Asia virreyes de gran talento, honradez y piedad, que administraron aquellas colonias como caballeros cristianos y fieles vasallos de la Corona. Que las leyes no siempre se guardan. Sea. El dar leyes sabias, ¿no demuestra ya gran interés y solicitud por las Indias? Pero, ¿evitar tropelias y desmanes de la administración, en dominios tan remotos, era cosa fácil cuando dentro de Europa se ha visto en diversos tiempos lo mismo, a pesar de que sin dificultades pudiera remediarse el daño? Digan cuanto quieran los enemigos de España; había en las colonias españolas un elemento que dejó sentir siempre su poderosa acción en favor de los oprimidos; elemento de que otras colonias carecieron por completo o tuvieron en menor grado, con harta desventura de los que sufrían vejaciones: estaban allí los religiosos, los cuales trabajaron incesantemente en favor de las almas, e influyeron en la represión de la codicia y tiranía.

Por lo que toca a los negros en particular, la Ley VIII del Título V, Libro VII, de la legislación de Indias, manda «a las Audiencias que oigan y provean justicia a los negros que sean tenidos por esclavos, si proclamaren a la libertad (sic), y provean que por esto no sean maltratados por sus amos». Las Leyes X y XI del propio título ordenan «mirar por el tratamiento» de los morenos libres que como soldados servían al rey formando «compañías» y que «se

guarden sus preeminencias», recordando y alabando sus servicios. La Ley XXIII prohíbe la mutilación que sufrían los cimarrones, y la Ley XXIV dispone que «por una vez puedan ser perdonados los que huían de las penas que debían sufrir». Y si de la consideración de las leyes pasamos a alegar otros testimonios, el sabio naturalista Godron dirá: «Es cosa bien cierta que los habitantes de la antigua parte española de esta reina de las Antillas (habla de Haití) son muy superiores a los de la parte francesa, y esta preeminencia debe ser atribuida a las maneras infinitamente más suaves y más paternas de los amos españoles en orden al tratamiento de sus esclavos.»

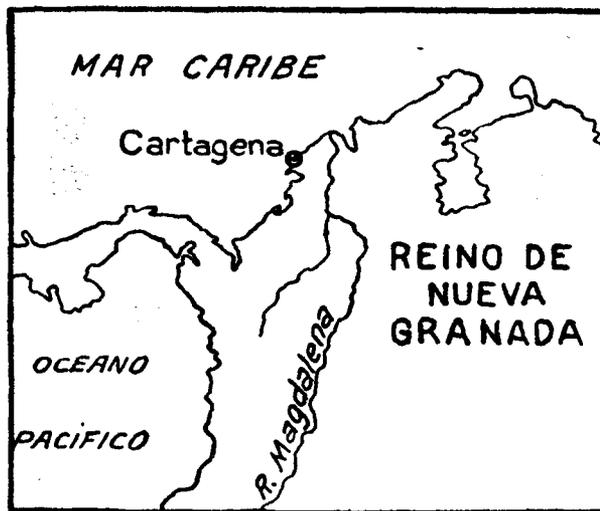
En cuanto al bien espiritual de los negros en las colonias, ciertos protestantes dejaban a los esclavos sin inculcarles idea alguna de religión; los misioneros católicos se esforzaban en convertirlos, y predicaban con firmeza en su defensa. Cuando no podían hacer otra cosa, trataban de mitigar sus padecimientos.

Influencia de la Iglesia Católica en la abolición de la esclavitud

La Iglesia Católica no se contentó en procurar por medio de sus ministros el socorro espiritual y aun temporal de los negros. Ella, que desde su institución atendió al punto a suavizar la suerte de los esclavos y exortó a manumitirlos, no cesando jamás de levantar la voz en su favor y

socorro, hizo también cuanto pudo en favor de los africanos. El Papa Pío II publicó, en 7 de octubre de 1462, un Breve contra los portugueses, que hacían esclavos a los neófitos de Guinea. Antes de que asomaran en Europa los negrófilos y la filantropía, Paulo III defendió la libertad de los indios y de los negros. Urbano VIII, en 22 de abril de 1639, prohibió el privar a los negros de su libertad y separarlos de su patria, de su mujer y de sus hijos. Benedicto XIV, en 20 de diciembre de 1741, repitió lo mismo a los obispos del Brasil para enseñanza de sus diocesanos. Pío VII interpuso con celo su mediación y sus buenos oficios con los hombres poderosos para hacer que cesase enteramente el tráfico de negros entre los cristianos. Y Gregorio XVI, en sus Letras de 3 de diciembre de 1839: *In supremo apostolatus*, condenó como *ilícito y absolutamente indigno del nombre cristiano* el mencionado comercio de negros, mandando que *ninguna persona, ni laica, ni eclesiástica, se atreva a defenderlo como lícito bajo ningún pretexto o color, ni en público ni en privado*. «En estas letras (las de Gregorio XVI y de sus predecesores) se encontrará ya enseñado y definido, dice Balmes, todo cuanto se ha dicho y decirse pueda, en este punto, en favor de la humanidad; en ellas se encontrará reprendido, condenado y castigado lo que la civilización europea se ha resuelto al fin a condenar y castigar... El Catolicismo, pues, ha cumplido perfectamente su misión de paz y de amor, quebrantando sin injusticias ni catástrofes las cadenas en que gemía una parte del humano linaje.»

(Vida de San Pedro Claver S. J. por los PP. José Fernández y Juan M.ª Solá. - Apéndice VIII por el P. Luis Ignacio Fiter).



Para el incrédulo ha de ser una paradoja inexplicable el que puedan salir de la misma inteligencia las observaciones tan humanas de la celebrada Encíclica «Rerum Novarum», y las sobrenaturales afirmaciones de la Encíclica «Annum Sacrum».

Más el pensador creyente iluminado por la luz superior de la fé, lejos de hallar oposición entre uno y otro pensamiento, echará de ver que en la Encíclica «Annum Sacrum» se propone el complemento de la otra, el alma que le da vida.

El Arco iris de la «Pax Romana», n. 54 de Crist.

La Iglesia Católica, contra la esclavitud

DIOS QUISO QUE EL HOMBRE DOMINASE A LAS BESTIAS,
PERO NO A SUS SEMEJANTES

En el momento de su abolición en el Brasil, León XIII reseña algunos episodios de esta lucha y los principios que la han dirigido

Un homenaje excepcional

Entre las muchas y grandes manifestaciones de piedad filial que casi todas las naciones nos han tributado y siguen tributándonos para felicitar-nos el año quincuagésimo de nuestro sacerdocio; entre todas ellas, una nos ha conmovido de modo singular: la que nos llega del Brasil; donde con ocasión de aquel feliz acontecimiento ha sido otorgada la libertad a no pocos de los que en aquel vastísimo territorio padecían bajo el yugo de la esclavitud.

Tal obra, llena de cristiana misericordia, y debida al celo de hombres y mujeres caritativos unidos a su clero, ha sido ofrecida a Dios autor y dador de todos los bienes, en acción de gracias por el beneficio, tan benignamente otorgado a Nos, de haber alcanzado felizmente nuestro año jubilar.

Esto nos ha sido particularmente agradable y consolador, sobre todo, porque ha resultado ser la confirmación de nuestra esperanza tan vivamente sentida de que los brasileños quieren abolir y extirpar completamente la barbarie de la esclavitud.

La defensa del hombre

Conviene, y cae de lleno dentro de la misión apostólica, fomentar y vivificar poderosamente todo aquello que se encamine a defender a los hombres, no sólo como individuos, sino también unidos en sociedad, de las múltiples miserias que, como frutos de un árbol corrompido, arrancan de la culpa de nuestros primeros padres: porque tal defensa, en cualquier género de cosas, no resulta sólo de suma eficacia para la civilización, sino adecuada también para operar aquella renovación radical de todas las cosas, que se propuso y deseó Jesucristo Redentor de los hombres.

Ahora bien, entre tantas miserias, ha de deplorarse como una de las más graves la esclavitud a la que está sometida desde hace muchos siglos una parte considerable de la familia humana, que yace en la inmundicia y en la bajeza, contra lo establecido primitivamente por Dios y la naturaleza.

El retoñar de un germen terrible: la esclavitud

Al declinar el siglo XV, cuando extirpada ya casi entre las naciones cristianas la lacra de la esclavitud, los Estados se esforzaban en instalarse en la libertad evangélica e incluso extender ampliamente su imperio, esta Sede Apostólica puso exquisito cuidado para que no retoñase el terrible germen de aquella depravación. Por consiguiente, dirigió su más atenta solicitud hacia los países recién descubiertos de Africa, Asia y América: pues había corrido la noticia de que los capitanes de aquellas expediciones, aun siendo cristianos, usaban poco justamente de sus armas y de su ingenio, imponiendo y estableciendo la esclavitud a hombres inocentes. La inclemencia en el clima del país que había que someter y no en menor proporción la exploración y explotación de las minas que exigían trabajos de gran dureza, llevaron a decisiones absolutamente injustas e inhumanas. Con este fin se empezó cierto género de comercio de esclavos llevados de Etiopía, el cual, conocido pronto con el nombre de **trata de negros**, se propagó con exceso en aquellas colonias. Siguióse, con injusticia semejante, la opresión, rayana en la esclavitud, de los indígenas, llamados universalmente **indios**.

La desenfrenada ambición de riquezas que se desencadena en el Renacimiento.

Inmediata intervención de Pío II

Una vez que Pío II se percató de estos hechos, sin ninguna demora el día siete de octubre de mil cuatrocientos sesenta y dos, dirigió una carta al Obispo de Ruvo, en la cual acusaba y condenaba aquella deshonra tan grande. Algún tiempo después, León X interpuso sus mejores oficios y su autoridad cerca de los reyes de Portugal y de España para que procurasen arrancar de raíz aquella licencia que llenaba de oprobio la religión y la humanidad.

Paulo III vindica los derechos nativos del hombre, para las razas de color

Sin embargo, aquella calamidad se confirmaba y arraigaba, puesto que persistían las causas impuras que la impulsaban, es decir, el deseo insaciable de riquezas.

Entonces, Paulo III, en su caridad paterna, ansioso por la suerte de los indios y de los esclavos negros, vino a parar a una decisión extrema, estableciendo en decreto solemne, a plena luz y ante la faz de todos los pueblos, que a todos aquellos se les debía reconocer en justicia y como propio el tri-

Los Sumos Pontífices
defensores de la libertad

Se ha abolido
la trata de negros por mar;
queda todavía en las tierras
africanas
cruelmente practicada
por los musulmanes

Cuatrocientos mil hombres
se venden anualmente
en tierras africanas

Libres también de la
esclavitud de la superstición,
tomen el yugo suavísimo
de Cristo

En esta empresa
no adelantarán, en realidad,
sino con la fuerza
de la divina gracia

ple derecho a ser cada uno dueño de su persona, a vivir unidos en sociedad según sus leyes propias, adquirir y disponer de bienes en propiedad. Más aún, en unas cartas al Cardenal Arzobispo de Toledo, decretaba el entredicho para los que quebrantasen aquella disposición y reservaba íntegramente al Romano Pontífice la facultad de absolverlos.

Con igual solicitud y constancia, otros Pontífices se manifestaron sucesivamente acérrimos defensores de la libertad de los indios y de los negros, aun de los no instruídos todavía en la fe cristiana, como Urbano VIII, Benedicto XIV y Pío VII, que llamó además la atención del Congreso que celebraban en Viena los Príncipes de Europa para que aquella trata de negros de que hemos hablado, caída ya en desuso en muchos países, fuese suprimida por completo.

También Gregorio XVI amonestó muy severamente a los que despreciaban las leyes de la humanidad, e invocó de nuevo y confirmó los decretos y las penas establecidos por la Sede Apostólica; y no omitió nada para que también los países lejanos, imitando la actitud de las naciones de Europa, aborreciesen y se abstuviesen de la ignominia y crueldad de la esclavitud.

Y a Nos, finalmente, se nos ofrece la oportunidad de congratularnos con los príncipes y políticos, por cuyos perseverantes esfuerzos se ha satisfecho ya a esta ininterrumpida y justa protesta de la naturaleza y de la religión.

Otra preocupación, no obstante, embarga nuestro ánimo en un asunto muy semejante. Porque si es cierto que ha cesado en el mar tan vergonzoso comercio de hombres, en cambio es con exceso y con no poca crueldad en tierra, lo que ocurre principalmente en algunas partes de Africa. Porque teniendo en cuenta que los musulmanes juzgan perversamente que los hombres etíopes o de naciones semejantes son apenas superiores a los brutos, es fácil imaginarse cuál será su perfidia y crueldad hacia ellos. Irrumpen inesperadamente sobre las tribus de etíopes, a los que sorprenden con la violencia de ladrones; invaden las aldeas, los campos y las casas devastando, destruyendo y arrebatándolo todo, y por fin fácilmente apresan y llevan encadenados a los hombres, mujeres y niños, para conducirlos por la fuerza a los más infames mercados.

Estas detestables expediciones suelen tener en Egipto, en Zanzíbar, en parte también en el Sudán, sus estaciones de partida; hombres encadenados y con poquísimo alimento, azotados cruelmente, deben hacer un largo camino; a los más débiles, se les mata; a los supervivientes, se les lleva en masa al mercado, expuestos a la vista de un comprador exigente y desvergonzado. A cada uno de los así vendidos y entregados se les arranca de sus mujeres, de sus hijos, de sus padres; se les constriñe, bajo tal poder, a la más dura y criminal servidumbre; y ni tan siquiera pueden eludir hacerse mahometanos.

Con suma aflicción hemos oído contar estas cosas, no hace mucho, a testigos que, con lágrimas en los ojos, habían presenciado estas infamias; y concuerda con su relato el de recientes exploradores del Africa ecuatorial.

Más aún. Del veraz testimonio de éstos, parece cierto que el número de hombres vendidos anualmente en Africa, como si fueran ganado, asciende a cuatrocientos mil, de los cuales aproximadamente la mitad desfallecen y mueren por el camino; los viajeros que pasan por allí descubrirán su rastro —¡oh, cuán triste es decirlo!— en las mondas hileras de huesos...

¿Quién no se conmoviera al pensar tamañas miserias? Por nuestra parte, Nos, que representamos a Jesucristo, el amantísimo libertador y Redentor de todos los pueblos, apenas podemos decir cuánta compasión nos embarga para con aquellas infelices gentes, con qué amplitud de caridad les abrimos los brazos; cuán ardientemente deseamos hacerles llegar toda suerte de alivios y auxilios, con el fin de que se vean libres, a la vez, de la esclavitud de los hombres y de la superstición, y puedan finalmente vivir, bajo el yugo suavísimo de Cristo, el solo Dios verdadero, siendo partícipes con nosotros de su divina herencia.

¡Ojalá que todos los que están constituídos en autoridad y mando, o que quieren que se respete inviolablemente el derecho de gentes y el derecho natural, o que se entregan al progreso de la Religión católica, se conjuraran por todos los medios para reprimir, prohibir, abolir esta trata, infame y criminal como ninguna!

Entretanto, y mientras que con el mayor esfuerzo de ingenio y de actividad se abren en las tierras de Africa nuevas vías de comunicación y nuevas relaciones comerciales, luchan los misioneros para que se atienda lo mejor posible a la salud y a la libertad de los esclavos. **En esta empresa no adelantarán, en realidad, sino con la fuerza de la divina gracia, entregándose esforzadamente a difundir y alimentar nuestra santísima fe; de**

la que es fruto insigne el favorecer y engendrar maravillosamente aquella libertad «con la que nos libró Jesucristo».

**San Pedro Claver,
espejo de virtudes
apostólicas**

Y así, les aconsejamos que miren, **como a un espejo de virtudes apostólicas, a la vida y hechos de «Pedro Claver»**, al que recientemente hemos dado la gloria de los altares; se miren en él, que, con suprema fortaleza de ánimo en los trabajos, se entregó por entero durante cuarenta años a estos míseros rebaños de esclavos; y que bien merece ser llamado Apóstol de estos negros a cuyo servicio se entregaba y de quienes se profesaba esclavo. Si los misioneros se preocupan de adquirir y reproducir la caridad y paciencia de este varón, serán verdaderos dispensadores de salud, consoladores, nuncios de la paz, capaces de convertir con la ayuda de Dios tanta desolación, incultura y fiereza en gozosa cosecha para la religión y la civilización.

**Las disposiciones sobre la
esclavitud, publicadas
en el Brasil**

Ya nuestro pensamiento y nuestras letras desean posarse en vosotros, venerables Hermanos, para significaros de nuevo y de nuevo asociaros en el gozo singular que nos han causado las disposiciones sobre la esclavitud publicadas en el imperio del Brasil. La disposición, en efecto, que ordena que todos los que son todavía de condición servil pasen a gozar de la condición y derechos de hombres libres, es un hecho que, no tan sólo nos parece bueno, y feliz, y saludable en sí mismo, sí que también fortalece y fomenta la esperanza de nuevos y prósperos sucesos religiosos y civiles. Así, el nombre del imperio del Brasil será prestamente objeto de elogio en todos los países civilizados, y lo mismo el de su augusto Emperador, a quien se atribuye la hermosa frase de que nada desea en mayor grado que ver rápidamente abolido todo rasgo de esclavitud en sus estados.

Pero, mientras se cumplen estas prescripciones legales, os rogamos con encarecimiento que os ocupéis con todo celo en que se lleven al cabo, venciendo todas las dificultades no sencillas que se les oponen.

**Celo y prudencia
en su cumplimiento, para no
perturbar la paz cristiana**

Debéis procurar que los señores y los siervos se avengan de buen ánimo y con sinceridad, no apartándose un punto ni de la clemencia ni de la justicia, sino que lleven al cabo todas las transacciones que sean necesarias legal, apacible y cristianamente; y que lo que todos deseaban: quitar y abolir la esclavitud, se realice prósperamente, sin merma de ningún derecho divino o humano, sin perturbaciones del orden, y con verdadera utilidad de aquellos mismos —es decir, de los siervos— en cuyo favor se ha dispuesto.

A cada uno de ellos, tanto a los que han venido ya a ser libres como a los que lo serán próximamente, les recordamos con celo pastoral y ánimo de padre algunas saludables advertencias tomadas del gran Apóstol de las gentes:

**El Papa se hace eco
de saludables advertencias
de San Pablo**

Que se esfuercen en guardar recuerdo y demostrar su agradecimiento para aquellos por cuyo consejo y esfuerzo han recobrado la libertad. Que no se muestren nunca indignos de tan gran beneficio, ni confundan nunca la libertad con la licencia de costumbres; antes usen de ella, como deben hacerlo ciudadanos morigerados, para una vida de trabajo provechosa y honrosa a la vez para la familia y para la Patria. Que cumplan, no tanto por miedo como por espíritu de religión, los deberes que les obliguen a temer y respetar la majestad de los príncipes, a obedecer a los magistrados, a ser dóciles a las leyes; que repriman toda envidia de las riquezas o ventajas de otros, que desgraciadamente hoy día domina a los más pobres y que presta armas a la maldad contra la seguridad y la paz social. Satisfechos con su condición y estado, que en nada piensen con más ilusión, que nada deseen más ávidamente que los bienes del Reino celestial, para los cuales han sido creados y redimidos; que sean piadosos con el Dios que es su Señor y libertador, que le amen con todas sus fuerzas, que guarden con todo empeño sus mandamientos. Que se alegren de ser hijos de la Iglesia, su Santa Esposa, que procuren contarse entre los mejores, y procuren devolverle el amor que ella les tiene.

Exhortación a los Obispos

Y vosotros, venerables Hermanos, insistid en convencer y persuadir de esto a los libertos; para que lo que es nuestro mayor deseo, y debe serlo vuestro y de todos los buenos, se realice, a saber: que la libertad que se les concede produzca abundantes frutos en todo este imperio para la religión y que permanezcan establemente.

La protección de María

Para que así felizmente suceda, pedimos e imploramos gracias abundantes de Dios y la ayuda de la Virgen Inmaculada. Prenda de las celestiales bendiciones y testimonio de nuestro paternal afecto, os damos de todo corazón a vosotros, venerables Hermanos, junto con todo vuestro clero y vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 1 de mayo de 1888, en el año undécimo de nuestro pontificado.

JAIME BALMES

La abolición de la esclavitud, obra del catolicismo

Para que el derecho prevalezca sobre el hecho y no se entronice el mando brutal de la fuerza, no bastan las luces, no basta la cultura de los pueblos, sino que es necesaria la religión. Allá, en tiempos antiguos, vemos pueblos extremadamente cultos que ejercen las más inauditas atrocidades; y en tiempos modernos, los europeos, ufanos de su saber y de sus adelantos, llevaron la esclavitud a los desgraciados pueblos que cayeron bajo su dominio. ¿Y quién fué el primero que levantó la voz contra tamaña injusticia, contra tan horrenda barbarie? No fué la política, que quizás no lo llevaba a mal para que así se asegurasen las conquistas; no fué el comercio, que veía en ese tráfico infame un medio expedito para sórdidas pero pingües ganancias; no fué la filosofía, que, ocupada en comentar las doctrinas de Platón y Aristóteles, no se hubiera quizás resistido mucho a que renaciese para los países conquistados la degradante teoría de las *razas nacidas para la esclavitud*; fué la religión católica, hablando por boca del Vicario de Jesucristo.

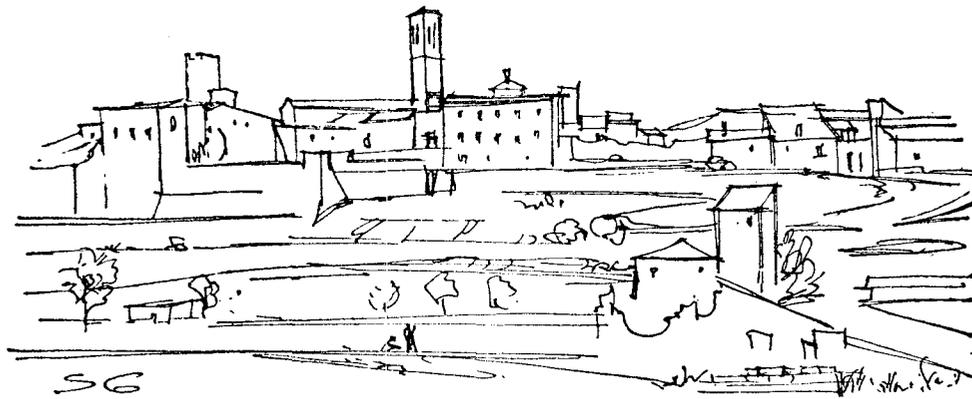
Es, ciertamente, un espectáculo consolador para los católicos el que ofrece un Pontífice romano condenando, hace ya cerca de cuatro siglos, lo que la Europa, con toda su civilización y cultura, viene a condenar ahora, y con tanto trabajo, y todavía con algunas sospechas de miras interesadas por parte de alguno de los promovedores. Sin duda, que no alcanzó el Pontífice a producir todo el bien que deseaba; pero las doctrinas no quedan estériles, cuando salen de un punto desde el cual pueden derramarse a grandes distancias, y sobre personas que las reciben con acatamiento, aun cuando no sea sino por respeto a aquel que las enseña. Los pueblos conquistadores eran a la sazón cristianos, y cristianos sinceros; y así es indudable que las amonestaciones del Papa, transmitidas por boca de los obispos y demás sacerdotes, no dejarían de producir muy saludables efectos. En tales casos, cuando vemos una providencia dirigida contra un mal, y notamos que el mal ha continuado, solemos equivocarnos, pensando que ha sido inútil, y que quien lo ha tomado no ha producido ningún bien. No es lo mismo extirpar un mal que disminuirle; y no cabe duda que, si las bulas de los Papas no surtían todo el efecto que ellos deseaban, debían de contribuir, al menos, a atenuar el daño, haciendo que no fuese tan desastrosa la suerte de los infelices pueblos conquistados. El mal que se previene y evita no se ve, porque no llega a existir, a causa del preservativo; pero se palpa el mal existente, éste nos afecta, éste nos arranca quejas, y olvidamos con frecuencia la gratitud debida a quien nos ha preservado de otros más graves. Así suele acontecer con respecto a la religión. Cura mucho, pero todavía precave más que cura, porque, apoderándose del corazón del hombre, ahoga muchos males en su misma raíz.

¿De dónde viene a Europa ese pensamiento elevado, ese sentimiento generoso, que la impulsan a declararse tan terminantemente contra el tráfico de hombres, que la conducen a la completa abolición de la esclavitud en las colonias? Cuando la posteridad recuerde esos hechos tan gloriosos para la Europa, cuando los señale para fijar una nueva época en los anales de la civilización del mundo, cuando busque y analice las causas que fueron conduciendo la legislación y las costumbres europeas hasta esa altura, cuando elevándose sobre causas pequeñas y pasajeras sobre circunstancias de poca entidad, sobre agentes muy secundarios, quiera buscar el principio vital que im-

pulsaba a la civilización europea hacia término tan glorioso, encontrará que ese principio era el Cristianismo. Y cuando trate de profundizar más y más en la materia, cuando investigue si fué el Cristianismo bajo una forma general y vaga, el Cristianismo sin autoridad, el Cristianismo sin el Catolicismo, he aquí lo que le enseñará la historia. El Catolicismo dominando sólo, exclusivo, en Europa, abolió la esclavitud en las razas europeas; el Catolicismo, pues, introdujo en la civilización europea el principio de la abolición de la esclavitud; manifestando con la práctica que no era necesaria en la sociedad como se había creído antiguamente, y que para desarrollarse una civilización grande y saludable era necesario empezar por la santa obra de la emancipación. El Catolicismo inoculó, pues, en la civilización europea el principio de la abolición de la esclavitud; a él se debe, pues, sí, dondequiera que esta civilización ha existido junto con esclavos, ha sentido siempre un profundo malestar que indicaba bien a las claras que había en el fondo de las cosas dos principios opuestos, dos elementos de lucha, que habían de combatir sin cesar hasta que prevaleciendo el más poderoso, el más noble y fecundo, pudiese sobreponerse al otro, logrando, primero, sojuzgarle, y no parando hasta aniquilarle del todo. Todavía más; cuando se investigue si en la realidad vienen los hechos a confirmar esa influencia del Catolicismo, no sólo por lo que toca a la civilización de Europa, sino también de los países conquistados por los europeos en los tiempos modernos, así en Oriente como en Occidente, ocurrirá, desde luego, la influencia que han ejercido los prelados y sacerdotes católicos en suavizar la suerte de los esclavos en las colonias; se recordará lo que se debe a las misiones católicas y se producirán, en fin, las letras apostólicas de Pío II, expedidas en 1462, y mencionadas más arriba; las de Paulo III, en 1537; las de Urbano VIII, en 1639; las de Benedicto XIV, en 1741, y las de Gregorio XVI, en 1839.

En esas letras se encontrará, ya enseñado y definido, todo cuanto se ha dicho y decirse puede en este punto en favor de la humanidad; en ellas se encontrará reprendido, condenado, castigado, lo que la civilización europea se ha resuelto al fin a condenar y castigar; y cuando se recuerde que fué también un Papa, Pío VII, quien en el presente siglo *interpuso con celo su mediación y sus buenos oficios con los hombres poderosos, para hacer que cesase enteramente el tráfico de negros entre los cristianos*, no podrá menos de reconocerse y confesarse que el Catolicismo ha tenido la principal parte en esa grandiosa obra, dado que él es quien ha fundado el principio en que ella se funda, quien ha establecido los precedentes que la guían, quien ha proclamado sin cesar las doctrinas que la inspiran, quien ha condenado siempre las que se le oponían, quien se ha declarado en todos tiempos en guerra abierta con la crueldad y la codicia, que venían en apoyo y fomento de la injusticia y de la inhumanidad.

El Catolicismo, pues, ha cumplido perfectamente su misión de paz y de amor, quebrantando sin injusticias ni catástrofes las cadenas en que gemía una parte del linaje humano; y las quebrantaría del todo en las cuatro partes del mundo si pudiese dominar por algún tiempo en Asia y en Africa, haciendo desaparecer la abominación y el envilecimiento, introducidos y arraigados en aquellos infortunados países por el mahometismo y la idolatría.



El culto a San Pedro Claver en su pueblo natal

Verdú, donde nació San Pedro Claver en 1580, es una antigua villa cuyo origen es anterior a la época romana y tiene en la actualidad unos dos mil habitantes. Pertenece a la provincia de Lérida y al obispado de Solsona, distando 5 kilómetros de Tárrega, situada en la línea del ferrocarril de Barcelona a Lérida y Zaragoza.

La villa nativa de San Pedro Claver ha profesado siempre ferviente devoción al más ilustre de sus hijos; pero, por un conjunto de circunstancias, esta devoción ha aumentado y se ha exteriorizado notablemente a partir de 1888, año en que fué canonizado el Santo.

Por ser San Pedro Claver el Patrono principal de Verdú, coincide con su fiesta, el 9 de septiembre, la fiesta principal del pueblo, que en Cataluña se denomina «Fiesta Mayor».

Antiguamente se veneraba en la Iglesia Parroquial una pequeña reliquia del Santo, y en la procesión que se celebraba el 9 de septiembre se llevaba en andas una imagen del mismo.

En 1887, la Compañía de Jesús, propietaria de la casa donde nació el Santo, situada en el centro de la villa, la derribó y, en el solar que había ocupado, edificó una iglesia santuario, llamada, también, Casa de San Pedro Claver. Se conservaron intactos el techo y las paredes de la habitación donde nació el Santo, y se convirtió en capilla en la que se puede celebrar misa, y está situada en una de las tribunas de la iglesia. Del culto y conservación del edificio se encarga un capellán custodio.

En 1888, con motivo de la canonización de San Pedro Claver, fué a Roma una representación del clero y Ayuntamiento de Verdú.

En 1920, el Arzobispo de Cartagena (Colombia), donde está el sepulcro del Santo, aprovechó la visita *ad limina* para detenerse en España y conocer Verdú. Estuvo allí el día de su fiesta, celebró la misa de comunión y en la misa solemne predicó el panegírico, durante el cual manifestó que todos los días hacía oración ante el sepulcro del Santo Apóstol. Estas muestras de devoción animaron a los verdulenses a pedirle una reliquia

más digna de su pueblo natal. Habiendo accedido el Arzobispo, no sin hacerse rogar, se aprovechó el viaje que, con carácter oficial hizo a América el Cardenal Benloch, Arzobispo de Burgos y antiguo Obispo de Solsona, y se hizo cargo de la reliquia en Cartagena a fines de 1923. Consiste en la costilla superior del lado izquierdo. Al regresar a Burgos, el Cardenal Benloch la puso en manos de los PP. de la Compañía de Jesús de aquella ciudad, quienes la entregaron al R. P. Provincial de Aragón. Después de haber sido venerada en Barcelona y otras ciudades, la Compañía de Jesús hizo la entrega solemne al Obispo de Solsona, en Verdú en mayo del año 1924. Para asistir a este acto se congregaron en Verdú unas 25.000 personas, que acudieron en peregrinación de todos los pueblos de la comarca, con las cruces parroquiales y estandartes, bajo la presidencia del Cardenal Vidal y Barraquer, Arzobispo de Tarragona, Obispo que fué de Solsona. La preciada reliquia se guarda en un relicario de plata dorada adquirido por suscripción popular; tiene poco más de un metro de altura y en la peana hay los escudos de Cartagena y de Verdú.

La reliquia quedó depositada en la Iglesia de San Pedro Claver y todos los años, el 8 de septiembre, es llevada procesionalmente a la iglesia parroquial y devuelta en la misma forma el día 10 después de la Misa Mayor. El día de la Fiesta recorre las principales calles del pueblo, en procesión solemne, a la que concurren las autoridades y gran concurso de pueblo, con bandas de música. Además, el mismo día 9 se celebra una misa de comunión general en su iglesia y Oficio solemne en la Parroquia el mismo día y el siguiente, estando encargado de los sermones, ordinariamente, un Padre de la Compañía de Jesús. En todos los actos se cantan los gozos que compuso en catalán el insigne poeta Mosén Jacinto Verdguer.

Se celebra, también, con solemnidad, todos los años, la fecha del 15 de enero, aniversario de la canonización, habiendo ocurrido que cuando, el año 1939, Verdú fué liberado por el Ejército Nacional, lo fué precisamente

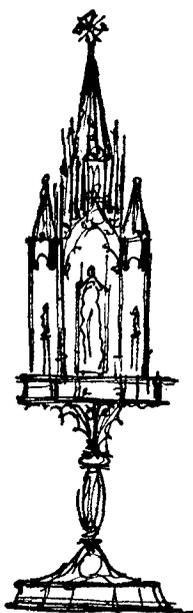
el 15 de enero. Las tropas de vanguardia que, sin lucha, ocuparon el pueblo pertenecían a las tropas de regulares de Ifni, integradas por los soldados más negros que operaban en el Ejército Nacional.

Por otra parte, el hecho de haber regresado, salvos, a sus hogares los hijos de Verdú, unos 20, que formaron en las filas del Ejército Nacional durante la guerra de liberación, fué atribuído a una protección especial de San Pedro Claver, y se hizo constar en una lápida con-

memorativa que se colocó en el altar mayor de su iglesia.

En los locales anexos a la iglesia santuario funciona una escuela para niños, a cargo del Capellán Custodio y un Auxiliar. Este local ha sido utilizado, también, para practicar Ejercicios en retiro; pero, por su poca capacidad, no reúne condiciones. Algunas veces se ha tratado de ensanchar el local y habilitarlo para Residencia, Casa de Ejercicios o para alguna otra obra apostólica; pero, hasta ahora, no ha pasado de proyecto.

MANUEL SASTRE



GOIGS DE SANT PERE CLAVER

Puix lo Cel vos ha enviat
com un altre Xavier;
Gloriós Pere Claver,
dàunos vostra caritat.

En ton cel, Esglesia Santa,
quin sol brilla tan hermós
es llum clara y clarejanta,
oh, Claver, la llençau vós
Gloria a Deu, que bondadós
aqueix astre'ns ha enviat.

De la terra catalana
vós nasquereu en lo cor,
de familia cristiana,
tal es l'arbre, tal la flor.
Tu ets, Verdú lo gerro d'or
d'aqueix Lliri immaculat.

Son cor d'angel veu Maria
y del seu amor l'ompli;
y dantlo a la Companyia,
«fesmen, diu, un serafí;
per mirall se'l escullí
lo meu Fill crucificat.»

Fill d'Ignasi, un jorn visita,
Montserrat, ton camaril,
a la Reyna que hi habita
que la'n troba de gentil.
A sos peus se postra humil,
mes l'humil serà exaltat.

Transportat a l'alta Gloria,
un trono Rodríguez veu;

—En eix trono de victoria
qui hi seurá?—demana a Deu.
—Hi seurá'l Dexeble teu
que a tal premi está cridat.

Ja l'Amèrica us demana
per posarvos en son cor,
flor hermosa catalana
del jardí del Salvador.
Tot un món corre a l'olor
de la vostra santedat.

Negres l'Àfrica li envia,
l'Àsia turchs a convertir,
cors malalts de l'heregia
li darà Europa a guarir.
Fa l'Amèrica florir
son ardent Apostolat.

Per salvar los pobres negres
vos heu fet lo seu esclau;
de sos cors tristos ó alegres
vós, Claver, tenui la clau;
quants cents mil ne batejau,
que a l'infern n'heu arrencat.

En les llagues canceroses
vostre llavi s'imprimí;
les llagues vos eren roses,
l'hospital vostre jardí.
Al que es pert obriu camí,
dau consol al desterrat.

Cartagena conmoguda
crida un dia: l'Sant se mor,

tot en ella en dol se muda;
sa alegria en greu tristor;
Vós pujau al trono d'or
a Rodríguez revelat.

Vostres mans tot mal guariren,
lo vinent vostre ull preveu,
del sepulcre 'ls morts sortien
cridats per la vostra veu;
fins lo vostre vell manteu
maravelles mil ha obrat,

Vós a tots los que patelxen
los tenui en vostre cor,
y als que ingrats vos aborreixen
los amau amb més amor.
Lliurau lo cós de dolor
y l'ànima de pecat.

A dos mons iluminareu,
un y altre us volen seu;
a dos segles admirareu,
tal virtud vos doná Deu.
Per l'escala de la creu
cel amunt quan heu pujat.

Nostra Espanya en vós espera,
Catalunya més de cor;
prega a vós la terra entera,
dels esclaus deslliurador.
Del dimoni sou terror,
de Jesús fidel Trasllat,
Gloriós Pere Claver
dàunos vostra caritat.

Rdo. J. Verdaguer, Pbro.

SAN PEDRO CLAVER

*Negres l'Àfrica li envia,
l'Assia turchs a convertir,
cors malalts de l'heretgia
li darà Europa a guarir.
Fa l'Amèrica florir
son ardent Apostolat:
gloriós Sant Pere Claver
daunos vostra caritat!*

Tales son los gozos que dedica al Apóstol de los Negros, el egregio autor del «Canigó» y de la «Atlántida». Y, en verdad, parece imposible resumir en forma más graciosa, cuanto concisa y exacta, las enormes dimensiones de aquel «ardent apostolat» que abarcó, desde un lejano Puerto de América, las cuatro partes del Mundo.

Fué natural de la villa de Verdú, allá en el límite de la Segarra con el Urgel, y en su parroquial de Santa María había sido bautizado el día 26 de junio del año del Señor 1580, hijo benjamín de padres cristianos: Pedro Claver y Ana Corberó, acomodados labradores pero cuya sangre no parecía extraña a la que corría por las venas de las familias más ilustres de la Cataluña de su tiempo. La temprana falta de la piadosa madre no impidió la lozanía de la virtud del que, resuelto desde la infancia a consagrarse a Dios, recibía la primera clerical tonsura el 8 de diciembre de 1595, a los quince años de edad, del Obispo de Vich. Una vez más, esta sede se manifestaba predestinada en genios y en santos. Por aquel entonces se fundaba, sin embargo, la de Solsona, a la que puede decirse pertenecía también este Siervo del Señor. Parecía que la Providencia disponía que de él participasen, en alguna forma, las demás diócesis catalanas, ya que en todas ellas, como iremos viendo, cursó estudios. Frecuentando, en Barcelona, el Colegio de Nuestra Señora de Belén, hoy parroquia del mismo nombre, fundado por San Francisco de Borja, sintió la inspiración del Cielo que le llamaba a más perfecto estado. Logró ser admitido en la Compañía, ingresando en el Noviciado de Tarragona el día 7 de agosto de 1602, siendo fama que, cincuenta y dos años más tarde —los que perseveró en la religión— comentó de él uno de sus ancianos superiores: «Tan novicio está hoy el Padre Claver en el modo, como cuando le conocí en el Noviciado». De Tarragona pasó a Gerona, donde descolló extraordinariamente en la perfección de las humanas Letras. Mas la Providencia le destinaba mejor maestro. Quería que el de un Santo, fuese otro Santo. Nuevo Eliseo, había de hallar su Elías que le hiciese heredero de su «doble espíritu». Para esto, en sus siempre suaves caminos dispuso que el joven novicio pasase a Mallorca, a «oír Filosofía». Hallábase a la sazón de portero en el Colegio de Montesión un Hermano, Alonso Rodríguez, cuya fama de santidad trascendía ya.

En la primera entrevista de aquellos dos altos escogidos, el gozo fué recíproco y extraordinario: «... en el Hermano Alonso de ver la pureza de un joven tan bien dispuesto para subir a la más alta perfección; y en el P. Claver de haber encontrado un Santo anciano y expe-

rimentado Mentor de quien aprenderla con seguridad». Así rezan sus biógrafos. «En Dios se hallaron el uno al otro...» Y el Señor fué servido de revelar al santo portero la gloria que destinaba a su discípulo, y la misión que allá en las Indias le confiaba.

Desde entonces se ocupó en encender en su corazón la vocación hacia la evangelización de los países de Ultramar, y, de un modo especial, la de los míseros esclavos negros, como los más necesitados. «Sobraba para que abrazase la jornada de las Indias, entender que Dios le quería allí, y esto por boca del H. Alonso, cuya voz acataba como venida del cielo.» Por medio de su discípulo, su «otro yo», el santo Hermano Alonso se sentía misionero. Era su propia obra maestra, la que estaba forjando para conquistar a Cristo un Reino en las Indias. Más de tres años duró esta santa comunicación entre ambos Santos, cuyo recuerdo había de perdurar y ser faro para Claver en toda su vida. Vuelto a Barcelona, se perfeccionó en sus estudios, hasta que logró su porfía el destino a Ultramar que venía ansiando, y al que sus superiores, al fin, no osaron oponerse por reconocer en él la voluntad de Dios.

«En cuarenta y cuatro años que vivió en América, no se le oyó hablar ni preguntar de España.» Arribó a Cartagena de Indias, puerto uno de los más importantes del Virreinato de su Majestad Católica, lugar que ya no dejó más que para ir por breve tiempo a coronar sus estudios a Santa Fe, capital de Nueva Granada, hoy Colombia. Tuvo por maestro al P. Antonio Agustín, consumado teólogo. «¿Para catequizar a unos pobres negros, he de menester tanta Teología?», exclamaba con grande humildad. Mas el Señor preveía que había de enfrentarse no sólo con razas inferiores, sino también con otras harto más orgullosas. Por ello le quiso lleno de sabiduría al ser ordenado sacerdote, que lo fué el 19 de marzo de 1616. Por aquellos tiempos, otro fervoroso Padre, de venerada memoria, Alonso de Sandoval, había fundado el Apostolado de los Negros, y lo había establecido en Cartagena, por ser el punto en que aportaban su cargamento los buques dedicados a la trata. Un milagro del Señor, preservando la vida de este último Padre, le había convencido de que era, en lo sucesivo, para consagrarla a los pobres africanos, de los que llegó a bautizar más de treinta mil. Y fué aquí que iluminado sin duda por alta inspiración, el Padre General de la Compañía, Mucio Vitelleschi, designó a Pedro Claver como auxiliar del Padre Sandoval. Otra vez la Providencia procuraba otro Santo como maestro del nuestro. Y fué gran acierto de aquel General esta orden, por cuanto, consagrado a otros oficios (principalmente cerca de los indios) aquel benemérito Padre, se halló nuestro Santo muy pronto, solo, y al frente de la obra heredada.

«Negres l'Àfrica li envia.» He aquí la obra central de San Pedro Claver, émulo de San Francisco Javier, con quien rivalizó en el número de sus administrados bautismos, que llegaron a contarse en cifra del orden de los cuatrocientos mil. Los pobres esclavos, singularmente los más míseros, de Carabal, Congo y Angola

principalmente, de las razas negras, grado inferior de la humanidad, fueron sus predilectos. Sus ministerios cerca de los miembros de la mejor sociedad de la Plaza y de todo el Virreinato sufrieron siempre la preferencia concedida a aquellos míseros desamparados a quienes, sin embargo, la Providencia deparaba el mejor de sus Campeones. «L'Assia turcs a convertir.» Fué uno de sus más altos trofeos la influencia y gran número de conversiones logradas entre mahometanos y moros, siempre los más reacios a la luz de la Verdad, como desgraciadamente se ha comprobado tantas veces. «Cors malalts de l'heretgia...». El Padre Claver no era solamente faro de caridad, sino de ciencia. Un día supo por qué la Providencia le había adornado con tales dotes... Un día, que azares de la guerra marítima le aportaron cautivos, no negros, sino esta vez ingleses y holandeses cultos, afeerrados en su pravedad herética. Y triunfó de ellos, por la doble luz de su mente y de su corazón, y la conversión, famosísima, del Arcediano de Londres puso de manifiesto que también sus victorias eran conspicuas en el sentir del mundo...

«Fa l'Amèrica florir...». Plebiscito enorme y sincero, la muchedumbre de negros que acompañó su venerado cadáver, después de su santa muerte —apresurada, en

lo que cabía, dada su espléndida constitución, por penitencias y mortificaciones inimaginables en Operario tan consagrado a la vida activa en la viña del Señor—, fué preludio de la glorificación definitiva que le había de tributar la Iglesia. Un 21 de septiembre de 1851, el Pontífice Pío IX le beatificaba, y treinta y seis años más tarde, León XIII, el 15 de enero de 1888, le elevaba al supremo honor de los altares como Esclavo de los Esclavos, apóstol de Africa y Cartagena, y sobre todo, Apóstol de los Negros. Y el Decreto de Canonización, circunstancia emocionante, lo era, simultáneo —junto con el Patrón de la juventud, San Juan Berchmans—, así para San Pedro Claver como para su queridísimo Maestro, San Alonso Rodríguez. Unidos en esta vida, y unidos en el Cielo, la Iglesia los festejaba en íntima unión también, entendiéndolo que su vida y su ideal había sido idéntico. El Santo Portero, desde la quietud del umbral de Palma, había forjado el Titán que había conmovido América, y cuya obra continuaba; es más, iba a ganar nuevos Continentes —el Sodalicio de San Pedro Claver— bajo los auspicios de un Cardenal ilustre, Lavigèrie, en su obra de los «Padres Blancos» y de un alma exquisita, la condesa Ledóchowska, de santa memoria.



El Sodalicio de San Pedro Claver



María Teresa Ledóchowska
Fundadora y primera Directora
del Sodalicio de San Pedro Claver

Diferentes modos de colaboración había considerado en su mente para organizar, consolidar y perpetuar su obra. No halló su aprobación la forma de un negocio, ni la de una junta, por diferentes inconvenientes; lo más propio para una empresa tan santa le pareció al fin la fundación de un Sodalicio, aprobado por la autoridad eclesiástica, y compuesto por seglares, consagrados al trabajo misional.

Manifestó por primera vez esta idea en el número de septiembre de 1893 de su revista *Eco de Africa*. Ya tenía algunas personas que se ofrecían para ayudarla en la traducción de varios escritos. Dirigióse a ellas del modo siguiente: «Agradezco de corazón el ofrecimiento de traducirme regularmente la correspondencia de misioneros franceses. Porque se ha ensanchado de tal modo nuestra obra, con el favor de Dios, que excede nuestras limitadas fuerzas, por lo cual viene oportunísimamente este ofrecimiento en ayuda de la conservación de la obra. Mi pensamiento va más allá; pues me parece que las personas más aptas para colaborar en semejante empresa son las que sienten vocación religiosa sin poder realizarla por las circunstancias, y que tienen suficientes medios de subsistir en el siglo. Estas personas podían ligarse de un modo estable, moral y efectivamente, con la redacción de *El Eco*, consagrándose así del todo a esta obra en favor de Africa. No faltaría trabajo y ocupación, la cual serviría de algún reemplazo de la vida claustral y acarrearía abundancia de las más puras y nobles satisfacciones.

Si queremos averiguar la fuente de tanta sabiduría que se mostraba en el modo de proceder de María Teresa, hálamosla tal vez en su grande y continuada devoción al Espíritu Santo. Ya en los principios de la actividad contra la esclavitud, hizo propaganda de esta devoción en las páginas de su *Eco de Africa*. En diciembre de 1890 escribió en la sección de Correspondencia de esta revista de cierto sacerdote favorecedor: «Atraería no poca bendición de Dios, si las asociaciones africanas, cada primer lunes del mes, celebrasen una misa en honor del Espíritu Santo. Yo, de mi parte, haré todo lo posible para hacer fructificar esta idea dentro de las asociaciones que están a mi alcance. Pues es evidente que se precisa mucha más oración para la conversión de los infieles; oración y sacrificio, sacrificios no sólo materiales, sino morales, ofreciendo a Dios nuestros sufrimientos y trabajos, elevándolos al trono de Dios para aplacar la divina Majestad».

Por de pronto, en los primeros meses del año 1894 se sirvió de la ayuda de un Padre de la Compañía de Jesús, experimentado en la materia, para trazar un bosquejo sobre los estatutos de una asociación piadosa, que llevaría la denominación de *Sodalicio de San Pedro Claver para las Misiones africanas*.

Acabado este plan, lo llevó por escrito, ella en persona, a Roma en abril de 1894. Suplicó al cardenal secretario que lo propusiese al Vicario de Cristo, solicitando, al mismo tiempo, una audiencia privada con Su Santidad.

Logróla para el 29 de abril, día de su aniversario natalicio. Después de haber asistido a la santa misa dicha por

el mismo Papa, fué admitida a la audiencia, donde expuso al Santo Padre sus ideas, pidiéndole permiso para fundar el Sodalicio. Reflexionó un instante Su Santidad, mirando al cielo, y luego, bajando sonriendo la vista hacia la condesa postrada a sus pies, dijo con clara y resuelta voz: «Bien, bien, ésta es una ocasión especial».

Con la misma fecha recibió la condesa Ledóchowska el siguiente documento oficial:

«Vuestra Ilustrísima:

»He expuesto al Santo Padre sus tan anhelados deseos, y he conseguido su bendición apostólica para la importante obra en favor de las Misiones africanas, a la cual usted quiere consagrar toda su inteligencia y magnanimidad.

»Su Santidad se consuela intensamente por tan notables intentos, y animando a usted a continuar las empresas comenzadas con tan laudable celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, se dignó conceder lo que usted ha pedido, impartiendo con caridad benévola la solicitada bendición apostólica.

»Me es grato poder comunicar a usted esta noticia, y, con los sentimientos de mi sincero aprecio, firmo de Vuestra Ilustrísima servidor.— »M. Cardenal Rampolla.»

Había alcanzado ya María Teresa Ledóchowska la edad de treinta y un años, y desde hacía siete años estaba trabajando en favor de las Misiones.

Una vez conocido el intento divino con toda claridad, el empeño decidido de la condesa Ledóchowska fué realizarlo del modo más perfecto.

El fin principal de su Instituto era una cosa nueva en la Iglesia, una resultante de las necesidades de la época actual. Por lo tanto, los medios tenían que adaptarse a él. Elaboró la condesa un bosquejo de las constituciones de su Sodalicio, proponiéndolo al examen canónico del príncipe arzobispo Haller, de Salzburgo, el cual lo aprobó con fecha de 16 de abril, que era Viernes Santo, del año 1897, erigiéndose así canónicamente la institución religiosa del Sodalicio de San Pedro Claver.

Poco después recibió la condesa, de parte del cardenal prefecto de Propaganda Fide en Roma, un documento que declaraba que la nueva sociedad de San Pedro Claver, como cualquier otra asociación misional, estaría colocada, como asociación misional auxiliar, bajo la directa dependencia de la Congregación Pontificia de Propaganda Fide.

Apresuróse la condesa Ledóchowska a proponer a la Sagrada Congregación de Propaganda su bosquejo de constituciones, a consecuencia de lo cual redactó la Propaganda, con fecha de 16 de marzo de 1899, el primer documento oficial laudatorio de la nueva fundación.

En diciembre del año 1900 recibió la condesa un segundo documento laudatorio de parte de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, al cual siguió un tercero, con fecha de 2 de abril de 1901. Comunicósele por este último documento la noticia oficial de que el Santo Padre León XIII había nombrado al cardenal Ciasca Protector del Sodalicio de San Pedro Claver.

Los mártires de Uganda

Como ejemplo del fruto de los trabajos apostólicos emprendidos en el siglo pasado entre los negros africanos, publicamos algunos pasajes de la obra *Frente a frente* de Nicq, referente al apostolado en Uganda del P. Simeón Lourdel de la Sociedad de Misioneros de Africa (PP. Blancos) fundada por el Cardenal Lavigerie. Los veintidos «mártires de Uganda» fueron beatificados en 1920 por Benedicto XV. Actualmente la quinta parte de la población de Uganda es católica; abunda el clero indígena y un hijo de Uganda fué el primer sacerdote negro elevado, en 1939, a la dignidad episcopal.

Este día, tan ardentemente deseado, tardó en llegar. Para levantar un horno cuya llama fuese capaz de consumir tan gran número de cuerpos, era necesaria una gran cantidad de madera. Además, se necesitaba tiempo para preparar las esteras de cañas destinadas a envolver a las víctimas.

Los confesores de la fe eran dieciséis. Habían perdido en el camino a dos de sus compañeros: Atanasio y Gonzaga; pero se les había reunido, después de la partida de Kampala, un nuevo neófito, detenido la víspera en Mengo, Lucas Banabakintu, compañero de Matías Murumba.

¡No parece sino que van a bodas!..

Los atletas de Jesucristo se adelantan. Llevan una cuerda al cuello y las manos atadas a la espalda. Están pálidos y extenuados por el sufrimiento y el ayuno, pero serenos; marchan con la cabeza erguida, y su rostro resplandece de alegría; se ven de nuevo unos a otros, después de una larga semana de reclusión. Imposible estrecharse las manos, abrazarse; pero el resplandor de sus ojos y el tono de su voz son más expresivos que cualquier otra demostración. Se miran, riendo como niños, y para expresar los sentimientos que desbordan sus almas no encuentran más que exclamaciones de este género: «¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios para nosotros! ¡Qué bien nos ha guardado!».

Su alegría sube de punto al ver que Mbagá, llegando hasta ellos, se introduce en sus filas. Le rodean, felicitándole:

—¡Has vencido al demonio! ¡Jesucristo está contento de ti! ¡Tu valor honra nuestra fe!

—Es imposible entender a estos idiotas—exclama un verdugo—; no parece sino que van a bodas y que nosotros les vamos a servir el festín.

Antes de dar la señal de partida despojan a los cristianos de su vestido de tela blanca y colocan sobre sus espaldas un «lobugo» (tela de corteza de árbol); a continuación redobla un tambor y comienza a andar la caravana de mártires.

El ceremonial de las ejecuciones capitales exige que, antes de dar muerte al condenado, se golpee ligeramente con un bastón su cabeza; merced a este golpecito, según la creencia general, la sombra del difunto no podrá, después de la muerte, atormentar el espíritu del rey.

Por otra parte, entre los privilegios reconocidos al verdugo, uno es el de poder reservarse personalmente la muerte de un condenado.

Los cautivos, uno detrás de otro, descienden la suave pendiente que conduce al valle; de pie, cerca de una acacia, les espera Senkolé. A medida que pasan ante él, verifica en cada uno de ellos el rito prescrito. Sin embargo, deja pasar a tres sin golpear su cabeza con el bastón que amaestra a los espíritus. Estos tres agraciados son: Dionisio Kamyuka, Simeón Sebutta y Carlos Werabe. Senkolé, cogiendo por la espalda a Carlos Lwanga, le dice: «De tu muerte me encargo yo».

Carlos, sin emocionarse, se despide de sus compañeros:

—¡Amigos míos—dice—, yo me quedo aquí! ¡Hasta la vista! ¡Dentro de una hora nos encontraremos en el Cielo!

—¡Sí—le responden a coro—, hasta pronto, y junto al buen Dios!

Podéis quemar nuestros cuerpos...

El lugar del suplicio está cerca. Despojan a los cristianos de las esterillas de «lobugo» que les habían sido entregadas al partir, a cambio de sus vestidos blancos, y las cuelgan en las ramas de una acacia, llamada, a causa de esta costumbre, «Sezibugo» (padre de los «lobugo»).

Cuarenta pasos más y los confesores se hallan enfrente de la hoguera. A su vista, uno de ellos exclama: «¡Aquí veremos al buen Dios!». Y todos añaden: «¡Sí, aquí es donde veremos a Jesucristo!».

Bruno, dirigiéndose a los tres que Senkolé no había golpeado,

les dijo: «Hijos míos, creedme que os compadezco; el rey os ha perdonado y os hará abandonar la religión. Hubiera sido mejor que fuésemos todos inmolados».

Mbagá se despide también entonces de su amigo Dionisio Kamyuka: «¡Adiós, Dionisio! Yo me voy al cielo...». Este adiós queda sin respuesta. Dionisio Kamyuka explicará más tarde lo que motivó su silencio: «Los sollozos ahogaban mi garganta y una gran tristeza se apoderó de mi espíritu porque me negaban la dicha de morir por la fe...».

Antes de consumir la sentencia, los verdugos ofrecen a las víctimas unos sorbos de vino de bananas.

En el suelo, las esteras de cañas. Cada uno se extiende sobre la suya. Los verdugos aprietan más las ligaduras que inmovilizaban las manos de las víctimas, rodean con cuerdas sus pies y sus piernas, y uniendo sus cuerpos a los costados de la estera, los envuelven con ella como en una mortaja. Después, las antorchas vivientes son lanzadas a la hoguera y alineadas en una sola fila, los unos con los otros. Uno de los verdugos repite el insolente desafío que los sacerdotes judíos hicieron a Cristo en la Cruz: «¡Que os abrasen las llamas para ver si vuestro Dios, en quien tenéis tanta confianza, viene a libertaros!». El reto encuentra pronto digna respuesta: «Podéis quemar nuestros cuerpos, pero nuestras almas no las quemaréis; ¡irán al paraíso!».

“Masa cándida”... “Masa negra”

El cardenal Lavigerie, admirado del valor de los mártires africanos, compara, en una conmovedora carta, la historia de la Iglesia de Uganda con la de Cipriano y la de Agustín:

«Lo digo a mayor gloria de Dios—escribe—, porque solamente el ha inspirado y sostenido todo este valor. No debe extrañaros que broten de labios de unos pobres negros, al llegar al martirio, palabras tan sublimes como las de los mártires de la Cartago Romana... ¿No les anima el espíritu del mismo Dios? Amparándose en la noche, los neófitos de Uganda buscaban, en la recepción de los sacramentos, la gracia de la intrépida constancia que los mártires de Tertuliano encontraron también en reuniones semejantes; y, como entonces, los perseguidores atribuyeron el valor de los mártires al sortilegio y a la magia. No os extrañe que la generosidad de las mujeres iguale a la de los hombres: los ancianos, los hombres maduros, los niños, todos, han dado muestras de una gran entereza ante el suplicio; no os extrañe si uno de los Grandes de Uganda, con las manos y los pies cortados por rabia impía, con la carne arrancada a trozos y quemada ante él en una hoguera, agoniza durante tres días sin exhalar otra queja que la del Salvador en la Cruz: Tengo sed, «sitio!»; sí, veinte jóvenes, la mayoría de ellos todavía en la adolescencia, a quienes ante la hoguera se les hizo el ofrecimiento de la vida si querían renunciar a la «oración», respondieron: «Rezaremos mientras vivamos», y quemados vivos, a fuego lento, continúan hasta el fin recitando sus oraciones y animando a los verdugos a que aviven el fuego.»

«En nuestra misma Africa—prosigue el Cardenal—, en la colina donde Utica se elevaba antiguamente, un grupo generoso de cristianos recibió, hace unos trescientos años, la corona del martirio. Los cuerpos de estos atletas de Cristo fueron amortajados con capas de cal. Nuestra liturgia recogió la frase con que San Agustín designó a estos héroes y llamó a los mártires «masa cándida». Si un día la Iglesia elevara a los altares a nuestros mártires de Uganda, inspirándonos en su bellísima definición de San Agustín tendríamos que llamarles «masa negra», porque negros fueron los que han dado su sangre por Jesucristo y fué bajo los negros escombros de la hoguera donde fueron enterrados.»

La Santa Sede no tardó en ratificar el oportuno juicio aportado por el Primado de Africa. En el mismo mes de enero, por intercesión del Cardenal Prefecto de Propaganda, el Papa León XI envió una especialísima bendición al Cardenal Lavigerie, a sus celosos misioneros y a los cristianos de Uganda. Al mismo tiempo invitaba al Cardenal Lavigerie a incoar oficialmente el proceso acostumbrado para comprobar el martirio de las víctimas de la persecución.

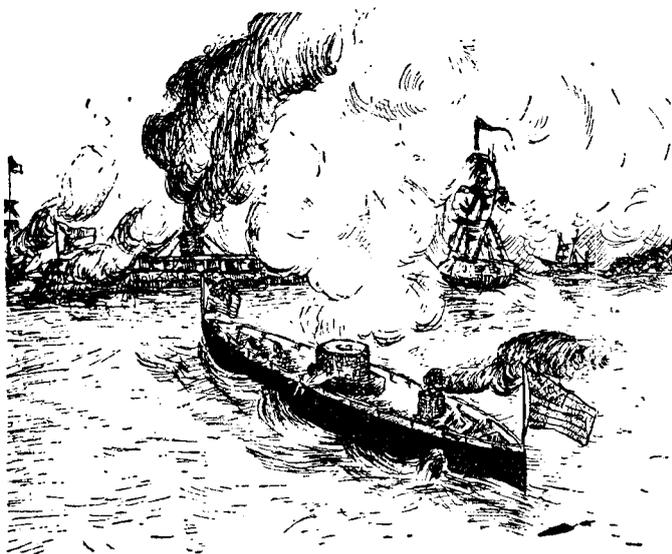
Norte contra Sur

El «Monitor» y el «Merrimac»

Era la mañana del 9 de marzo de 1862. La Guerra Civil, obligada por lo inmenso del Continente, tenía carácter anfíbio, ya que toda acción bélica debía apoyarse en el auxilio de los transportes fluviales o marítimos. Por esto la rada de Hampton Road, en la desembocadura de la bahía de Chesapeake, alimentada por el Potomac —nombres ya cargados de historia, pese a la juventud de América— ofrecía interés estratégico extraordinario, como escena del duelo que se desarrollaba entre los astilleros confederados de Norfolk y de Newport News, y su vecino, el fuerte nordista Monroe, de nombre simbólico. Cruzábanse los fuegos, así de las baterías de tierra como de las flotantes, y los acontecimientos parecían dar pábulo al alborozo que se extendía en el campo secesionista. Hacia una semana, en efecto, hallándose anclada la división federal del capitán Marston, compuesta de cinco grandes fragatas intentando el bloqueo de Norfolk, salió de este astillero sudista una flotilla encabezada por un ingenio terrible: el «Merrimac», antiguo buque remodelado —que ostentaba ahora el nombre de «Virginia»—, y que, por primera vez en la Historia, aparecía cubierto con coraza de acero. Ora a cañonazos, ora con el espolón, la fragata acorazada se había lanzado sucesivamente contra los navios de línea unionistas y los había hundido o dispersado a casi todos. En el campo esclavista se creían ya libre del dogal del bloqueo y esperaban ver muy pronto al capitán Buchanan, héroe de la jornada, subir Hudson arriba hasta hundir a todos los buques de Nueva York...

Poco duró, sin embargo, el gozo. Aquella mañana iba a presenciar cómo cambiaba la faz de la pugna. Cuando el «Merrimac» iba a lanzarse, siempre victorioso, sobre una de las últimas fragatas federales, la «Minnesota», que acababa de engrosar la maltrecha flota, pareció desprenderse del costado de ésta una máquina extraña. «Como una caja de queso era el «Monitor», fruto de los estudios de un ingeniero sueco, Erickson, que se hallaba al servicio del gobierno del Norte. Esencialmente, la máquina de guerra del técnico escandinavo ofrecía la novedad de la torreta blindada, al modo que su contrincante acababa de demostrar la eficacia de la protección de la chapa de acero. Eran la personificación de la ofensiva y de la defensiva, el duelo entre la coraza y el cañón, siempre resuelto, en definitiva, a favor del último, como se demostró allá en aquellas aguas al quedar dueño de las mismas el «Monitor» nordista...

Trascendental duelo aquél entre las dos unidades, que no solamente abría toda una época y venía a causar una revolución en el arte de la guerra, sino que en cierto modo simbolizaba el carácter de la contienda que, desde el año anterior, 1861, se había encendido en los Estados Unidos. «Monitor» contra «Merrimac», era aquella la lucha entre



un Norte violento y enérgico contra un Sur grande y anquilosado, expresión americana, a su manera, del «vieux régime» que había ido cediendo, en todas partes —aquí de un modo, allá de otro— a los embates de la revolución democrática, infatigable y mundial desde el siglo XVIII. No sin motivo el duelo de Hampton Road causó impresión enorme en las gentes: aquel «Monitor» plasmaba el espíritu del expansionismo yanqui que había de arrebatar a Europa el centro de gravedad del orbe...

«Saludo a la mujercita que ha desencadenado la gran Guerra...»

Pese a la intensa y justificada impresión que causó en su época, aquella grande y tremenda guerra de Secesión ha ido quizá quedando en Europa olvidada y relegada puramente a los estudiosos como uno de tantos capítulos de la Historia.

«Saludo a la mujercita que ha desencadenado la gran Guerra...» Tales fueron las palabras que dedicó Abraham Lincoln cuando, en plena contienda, le fué presentada una joven, Harriet Beecher Stowe, autora, pocos años antes, de una novela que había «hecho furor», y cuyas ediciones se habían ido agotando sucesivamente en medio del mayor éxito. Nos referimos a «La cabaña del tío Tom».

¡«La cabaña del tío Tom»! He aquí el más tremendo alegato que se escribió en el pasado siglo contra la esclavitud. Su autora era la joven mencionada, hija y esposa de pastores de la secta puritana, establecida en Cincinnati, Estado de Ohio. Su argumento, exagerado pero vivo, propio para mover la emoción. Testimonio tan poco sospechoso como Woodrow Wilson reconoce «que está salpicado de escenas patéticas, informado por un tono lacrimoso, por una apariencia de verdad trágica dentro de un texto estimulante, más que suficiente para conmover las almas sensibles...». «Este libro —sigue diciendo Wilson— dió lugar a un entusiasmo filantrópico con el que los hombres de Estado hubieron de contar. No era, realmente, una pintura exacta de la esclavitud; denunciaba, es cierto, algunos de sus aspectos, los más repugnantes, bien que sin tener en cuenta que éstos eran ya, cada vez, más raros... Esto no obstante, como era la única pintura que se conocía sobre los esclavos, los lectores, a través de sus páginas, sentían llenarse su corazón de horror y de piedad...»

«La cabaña del tío Tom»... Este título nos lleva a la cuestión que se debatía entonces y que aquella gran Guerra resolvió. Resolvió, desde luego, a su manera, y para América solamente. La cuestión de la esclavitud.

La esclavitud

En nuestros tiempos, pese a que hoy más de la mitad superficial del Antiguo Mundo gime bajo el yugo tremendo de Moscú, pese a que naciones conspicuas como Hungría y Polonia se hallan ahogadas bajo la terrible Inundación, y pese también a que, por la incuria de las llamadas naciones civilizadas, aún en África, al lado mismo de las modernas factorías, subsiste en toda su intensidad la primitiva degeneración humana, nos parece la mayor de las aberraciones que, en tiempo de nuestros abuelos, pudiese ser la esclavitud una institución reconocida.

La mayor de las aberraciones. Y lo era, en verdad. Pero para ser sinceros, repitémoslo, no hemos de sentirnos tan diligentes en rasgarnos las vestiduras cuando, en nuestra triste época, en nuestro 1947, como acabamos de decir, centenares de millones de seres viven en opresión harto mayor que aquella en que vivían los negros de las plantaciones americanas, antiguas colonias de las naciones occidentales europeas.

No tenemos aquí espacio para extendernos en el análisis de un tema que, por otra parte, y como no podía menos, ha sido objeto de tanto estudio y controversia. En las áureas páginas de nuestro Balmes hallará el lector amplia e imparcial información sobre el particular. Hemos de hacer constar, sin embargo, que en esta cuestión, cuyo reverso es tan visible y tan sombrío, existía, no obstante, un anverso que, sin ser perfecto, ofrecía tonos más claros que los que presentaba la puritana Harriet Beecher. Este

que podríamos llamar el «anverso social» de la medalla, y que reconoce autor tan poco sospechoso de estima hacia la esclavitud como Julio Verne —de una de cuyas preciosas novelas sacamos el título que encabeza el presente artículo—, venía constituido por dos aspectos: el principal, la callada y prudente santa táctica de la Iglesia y la humanidad de los hacendados católicos en las colonias antiguas o entonces aún vigentes de España, Portugal y Francia.

La santa táctica

La Iglesia, renovando su eterna táctica. Táctica de caridad y de prudencia. Ella, como es divina, no busca los fáciles éxitos de galería. Ella, la definitiva, necesaria y eterna enemiga de la esclavitud, porque sólo ella es libre, con la Libertad auténtica, reflejo de la que es Libertad primera, o sea la de Dios, no se limita a romper las cadenas. Sabe bien que la rotura de un solo eslabón es poca garantía, y que los tenebrosos poderes del siglo pueden fácilmente soldarlo de nuevo y amarrar al hombre misero, de nuevo, al viejo banco. Por ello no ha sido nunca espartaquista, porque no le basta quebrarlas, las cadenas. Hace más: las corroe con su espíritu sobrenatural, al enseñar a todos, con luz harto superior a la de los tópicos de algarada, que si por su medio llegamos a ser hijos de Dios, habremos de ser, necesariamente, hermanos. Balmes, antes citado, tiene sobre el particular páginas ilustres. La Iglesia no perderá el tiempo declamando, como los puritanos de Abraham Lincoln, acerca de los derechos del hombre. ¡Pobres derechos! Sabe bien lo que es de ellos ante la bestia opresora. Pero, bajo la apariencia de que se «resigna» con los hechos consumados, admite por igual ante el Tribunal de la Penitencia y, lo que es más, ante la Mesa de la Eucaristía al que es hijo de la esclava como al hombre libre. Y nada corroe tanto, nada es capaz de disolver unas cadenas como esta viva enseñanza que durante siglos se presenció en las catacumbas de Roma, y que luego, un milenio o milenio y medio más tarde, se repitió en las tierras nuevas de América: la encopetada aristócrata guardando turno, ante la majestad del Sacramento, tras la misera esclava. Que tal era el diario espectáculo que se presenciaba en el confesonario de cierto Padre, Pedro Claver, allá en Cartagena de Indias... ¿Cabe una mayor vindicta a los «derechos del hombre» que ésta? La voz de los Papas contra la esclavitud fué también siempre tenaz y enérgica y hasta más antigua que la de la secta puritana.

De otra parte, los hacendados católicos —o influidos por su ambiente— compensaron un poco, con su conducta, la inhumanidad de la pasada trata. Julio Verne, antes citado, el noble escritor que harto ingenuamente se ve conducido a tributar homenajes, a menudo inmerecidos, al espíritu puritano antiesclavista —hueca filantropía—, lo reconoce así, no sólo en su novela antes citada, sino en su «Un capitán de quince años», magistral retrato de los horrores de la trata, homenaje, a la vez, relativamente merecido, a la labor humanitaria de los Livingstone y de los Stanley. Más autorizadamente que aquel autor francés, un hombre mucho más cercano a nosotros, el Padre Luis Ignacio Fiter, por tantos títulos ilustre, se ocupó de la gran cuestión —en su tiempo aún reciente— dejándonos brillante página que publicamos en otro lugar.

Aquel confesonario, en Cartagena de Indias...

Antes nos hemos referido a la posición de la Iglesia, la cual, ante la santidad de sus sacramentos, no ha reconocido nunca clases... Parecía admitirlas, sin embargo, pero a la inversa, precisamente, de lo que el mundo entiende, y con harto escándalo del mismo mundo, aquel humilde y celoso sacerdote de la Compañía de Jesús a que antes nos referimos, Padre Pedro Claver, allá en los principios del segundo tercio del siglo XVII, cuando podía admirarse el caso de ver a toda una señora gobernadora esperando durante horas para llegar al confesonario, a que hubiese finido el turno de la última negra, las cuales tenían derecho de preferencia en aquel rincón húmedo e incómodo de la iglesia... El echar una parrafada demagógica es muy fácil. Pero el tener de pie a la esposa del representante del muy alto Rey de España en el primer puerto de Nueva Granada, detrás de cualquier mestiza, sólo podía ser obra de un revolucionario o de un santo.

Como tal reconoció la Iglesia a aquel varón ilustre que, a su manera, también venía a aportar una revolución social de trascendencia extraordinaria, cuando con vivo ejemplo y edificación de todos se echaba en hombros a los negros sarnosos, leprosos y moribundos, abandonados

a su triste suerte como caballos inútiles para el trabajo, para conducirlos al hospital, cuidando, a la vez que de sus pobres cuerpos, de sus tristes almas. Como tal proclamó a aquel siervo de Dios, todo apóstol, que introducía a la «chusma» negra en la Catedral, en las horas mejores, con perjuicio del delicado olfato de la elegante sociedad del Virreinato. Como tal elevó a los altares para aquel que había organizado en el gran puerto del Caribe una asistencia a aquellos cargamentos humanos lamentablemente hacinados que allá llegaban, en medio de miserias e inmundicias que habían movido, en verdad, a muchas plumas. Como las ya citadas. Como las del capitán Mayne Reid en su inmortal «William, el grumete». Que movieron pocos corazones, y aún menos brazos, mas que hallaron siempre abiertos los de aquel titán de la caridad, hijo de Verdú, viviente muestra de lo que hubiera podido dar, hubiera debido dar nuestra tierra —como los demás pueblos del Occidente cristiano— de no haber reincidido en su apostasia. ¡Cuántos Padres Claver no hubieran surgido si la triste necesidad de reevangelizarnos a nosotros, a los escogidos, a los hijos de los países de tantos siglos predilectos de la Providencia, no retuviera a tantos lejos de sus Misiones, dada la triste precisión de haber de «misionarnos», una vez más, a nosotros!

Una proyección en la historia

Es comúnmente muy poco ponderada, pese a que sea tan admirable, y que tanto —si bien se considera— sea ésta cosa muy propia para confirmarnos en nuestra fe, la proyección, a menudo gigantesca, aun cuando muchas veces oculta o disimulada, que en los destinos de la Historia han tenido los santos... Nuestro sentido fatalmente naturalista lo reconoce fácilmente, por ejemplo, en un Ignacio de Loyola o en un Gregorio VII, pero le cuesta harto más el advertirlo en aquellos hombres de Dios que han pasado su vida en el retiro de un claustro o curando las llagas de un leproso. Sin embargo, nada hay más cierto, y un día será objeto de regalo de los bienaventurados el releer las páginas de una Historia revisada en las que se verá más profunda la traza dejada por una pobre monja que la que produjo un Luis XIV o un Napoleón... Y aquí queremos deleitarnos en considerar la trascendencia del paso, en el gran puerto del golfo de Darien, ventana del reino de Nueva Granada, poderosa base de los galeones de Su Majestad Católica en eterna pugna con las flotas filibusteras cuyo pirático nido radicaba en las Islas del Viento, del humilde religioso cuyo confesonario constituía la más auténtica revolución social del Nuevo Mundo. El dejó una obra, una estela, una semilla, que durante dos siglos fué adentrándose, aun contra la carne y la sangre, en las entrañas sociales.

No es la primera vez que la impiedad se aprovecha de una vieja labor cristiana y osa sacar partido de una mentalidad que no ha creado. ¿Qué ha sido, si no, todo el inmenso movimiento democrático de estos últimos siglos más que el aprovechamiento de un milenio y medio de labor social de la Iglesia dignificando al hombre? Luego han aparecido unos improvisados y han agitado, fácil, una bandera que no era suya, reclamando un mérito ajeno. Cosa análoga ocurrió en América relativamente a la esclavitud. Cuando dos siglos de infatigable labor de nuestros religiosos hubieron convencido a aquella sociedad de que los negros no eran viles animales, sino hombres, hermanos nuestros, los nietos de aquellos mismos filibusteros anglosajones que habían iniciado la trata y que habían sido los más crueles con el pobre africano de Angola o de Loanda, bajo el hipócrita manto de la mística puritana salieron un día levantando bandera de emancipación.

Pero la Iglesia, nuestra Madre, por lo mismo que no necesita de fáciles éxitos, no sintió celos ningunos al verse plagiada. Por el contrario, fué la primera en alegrarse al comprobar que, en el reloj de los tiempos, había sonado una hora mejor que iba a marcar un escalón superior en el orden de la dignidad humana. Sin dos previos y largos siglos de Padres Claver aplicando su boca a las fistulas de los pobres enfermos, no hubiera jamás existido el clima que aseguró el éxito editorial que tanto beneficiara a la puritana señorita Harriet Beecher Stowe, autora famosa de «La cabaña del tío Tom».

La cuestión esclavista en América del Norte

Y el hilo de nuestro discurso nos lleva ahora, otra vez, al punto de partida... Esta cuestión de la esclavitud venía a converger con las demás que presidían el parto de una grande unidad que había de registrarse en el Nuevo Mun-

do y que estaba destinada a las mayores trascendencias mundiales. Nos referimos a la formación de los Estados Unidos, cuyo peso en la marcha del Mundo, sobre todo en el siglo xx, había de ser definitivo.

Esta gran cuestión esclavista fué la que dió color y bandera a la gran guerra civil que determinó la obra de los Washington y de los Monroe. Mas ¿fué realmente tal cuestión la causa determinante de la trascendental pugna?

La fácil propaganda de los que resultaron vencedores, el espíritu romántico del siglo y, sobre todo, la candidez de los liberales que podríamos llamar de buena fe —entre los que singularmente colocamos a no pocos «católico-liberales»—, obligarian a creerlo así. Montalembert, por ejemplo, desata en su famosa oración «La victoire du Nord aux Etats-Unis» todas las riendas de su fogosa imaginación cuando mil veces repite: «Oui, il faut remercier Dieu: parce que, dans cette grande et terrible lutte entre la servitude et la liberté, c'est la liberté qui est restée victorieuse...!». Para todo el siglo xix, la victoria nordista —en toda su literatura, en todo su sentimentalismo— era algo así como la que los chicos, en sus juegos, califican de los «buenos» sobre los «malos».

Pero la cosa era más compleja. Parece ser una preocupación de todos estos sobrevenidos apologistas el combatir lo que ellos llaman «especie», que corría con harta insistencia, según la cual la cuestión esclava no era más que la pantalla, siendo, en cambio, la razón más profunda del antagonismo entre los dos bandos la divergencia de intereses económicos. Los Estados del Norte, dotados de toda clase de medios y de riqueza, proteccionistas a ultranza, querían —y lo consiguieron— convertirse en un emporio industrial que humillase a Inglaterra y hasta a todo el conjunto de la vieja Europa: querían erigirse en la primera potencia mundial. Los Estados del Sur, menos impulsivos, cuya economía básica era el monocultivo —singularmente el algodón— y cuyo operario indispensable era el negro, suministradores de materias primas a los grandes manufactureros del mundo, singularmente a la Gran Bretaña, eran, lógicamente, librecambistas. La pugna entre ambos intereses era, sin duda alguna, suficientemente violenta para conducir a la lucha.

No puede ser objeto de este trabajo el ahondar ni discutir punto tan controvertido. Sin embargo, nos guardaremos mucho de afirmar que fué tan sólo este antagonismo económico la causa verdad de la guerra, como pretendían aquellos que niegan en la misma todo idealismo. No hemos de olvidar jamás la eterna enseñanza de Donoso Cortés, según la cual bajo toda cuestión política incuba otra, más profunda, religiosa. En este sentido, siquiera sea ésta una opinión que no hemos leído en parte alguna, nos atreveríamos a afirmar que no podemos menos de adivinar también en aquel tremendo antagonismo de Norte contra Sur un fondo de incompatibilidad espiritual. Los Estados septentrionales eran creación típicamente puritana, traducida en una concepción democrático-republicana: no en vano derivan su origen de aquellos fugitivos del «May Flower», disidentes de la Iglesia anglicana. Los meridionales, en cambio, conglomerado de razas y de religiones, con grandes raíces españolas y francesas (Florida, Tejas, Alabama, etc., y la Luisiana, respectivamente), empapados de resabios aristocráticos, un poco a lo «vieux régime» en ruinas, en todo el Mundo, a la sazón...

Federales y confederados

Tal es el fondo de lo que allí se debatió.

Interesante y episódica por demás, como hemos dicho antes, aquella tremenda guerra ha quedado hoy olvidada casi de las gentes. No estará de más el resumirla en grandes rasgos. Crisis propia, además, del expansionismo yanqui, venía a consagrar una unidad harto comprometida por sucesivas anexiones realizadas todas ellas a expensas de sus vecinos. Culminaban éstas con las efectuadas en el lejano Oeste y, sobre todo en el Sudoeste en perjuicio de México, al que fueron conquistados los Estados de Arizona, Nuevo México y Tejas, así como parte de California. Estas inmensas adquisiciones comprometían el equilibrio que venía existiendo entre las dos agrupaciones que, distintas en religión, mentalidad y raza, hemos visto se mantenían en los Estados Unidos: la del Norte y la del Sur, que iban agitando, como bandera, respectivamente, la emancipación y el esclavismo. Cada nuevo Estado que ingresaba en la gran Federación era avaramente disputado, sobre todo si se trataba de Estados en el centro, aún virgen, del Continente, como sucedió con Kansas y con Nebraska, que ya dieron origen, en 1854, a una pequeña y previa guerra civil, cual había sido, igualmente, en 1850 el conato de lo que por entonces terminó con el llamado «Compromiso» de Missouri, partiendo este Estado en dos zonas. En todo

el Norte iba en aumento la agitación antiesclavista y el fomento de fuertes núcleos abolicionistas que facilitaban la fuga de los negros fugitivos de la zona meridional. Menudeaban los incidentes, destacando el del capitán J. Brown, trasunto de Espartaco en Virginia, que suministró a su «causa» el «mártir». Y, en fin, las elecciones de 1860 dieron la presidencia al más descolante entre los abolicionistas, a Abraham Lincoln.

La significación de este triunfo era tan clara que la Carolina del Sur fué el primero en cumplir la amenaza que varios Estados habían expresado: la separación. Muy abominado fué tal paso, pero es muy dudoso afirmar que no tenía legalmente tal derecho. En una Federación tan joven como la americana, un acto de secesión era difícilmente condenable, aun cuando significase la disolución de la Unión. Oliver Wendell Holmes le dedicó su famosa «lamentación»:

*Parte, pues, oh alocada hermana,
Bajo el sol emprende tu carrera vana,
Muy lejos de nuestro techo común...*

«¡Obtendremos condiciones mucho mejores fuera que dentro de la Unión!», fué el grito de los separatistas. Pronto vinieron a unírseles otros Estados. Tan numerosos que, habida cuenta que los del Oeste, aún incipientes como tales, no figuraron en la pugna más que como espectadores entonces inermes e incapaces de intervenir, pronto ocuparon un territorio en extensión (ya que no en población) mayor que el de los unionistas. A la Carolina se juntó el Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Tejas, Virginia (con mucho, el principal y de mayor abolengo de todos), Tennessee, Arkansas, el sur del Missouri... En febrero del año 1861 se constituyeron en Convención en Montgomery (Alabama), instituyendo la «Confederación» o Estados Confederados de América, nombrando presidente a Jefferson Davis. Desde entonces, a este campo se le denominó sudista, esclavista, confederado, secesionista, por contraposición al otro, nordista, abolicionista, federal o unionista, respectivamente. La guerra era inevitable.

Washington contra Richmond

Del empuje y de la violencia nordista contra sus vecinos meridionales ya hemos hablado antes. Una anécdota nos dirá cómo era compartida esta animosidad por el Sur, tradicional y aristócrata. Una señora de este Sur, en ocasión de una victoria, había dicho: «Dios está con nosotros...» «¿Por qué?» «Pues porque detesta a los yanquis, de seguro... ¿Dudaría de su sabiduría?» (Ya hemos dicho antes que los nordistas eran conocidos con el nombre, que luego se había de generalizar, de «yanquis».) Lincoln había dado orden a las guarniciones meridionales de restar fieles. Una sola la cumplió, la del fuerte Sumter, cuyo mayor, Anderson, rehusó pasarse a los confederados. El Presidente sudista, Jefferson Davis, mandó bombardearlo. Y aquello fué el inicio de unas hostilidades que habían de durar cuatro largos años.

En son de guerra, los secesionistas creyeron deber trasladar su capital a Richmond, en Virginia, no sólo por estar cercana al frente, sino también por su significación, ya que Virginia, como es sabido, era el más antiguo Estado del Norte de América, cuna de su independencia. Este hecho, unido a los intereses económicos y políticos a que antes nos hemos referido, determinaron la ayuda al Sur —que andaba más menesteroso de ella, como inferior en población y en medios— de parte de Inglaterra, recelosa de las nuevas manufacturas de los nordistas, y de la Francia de Napoleón III, a la sazón ocupada en su aventura de Méjico, y por ello deseosa de fomentar todo cuanto pudiera dividir a los Estados Unidos. Menudearon los incidentes, ya que el bloqueo que trabajosamente el Norte hubo de improvisar con medios navales de fortuna, era roto a menudo por las propias naves de Su Majestad Británica. Por ello, los inicios de la guerra fueron, más bien, favorables al Sur. La torpeza de los generales unionistas, singularmente de Scott y de McLellan, hizo se estrellasen sus esfuerzos al pretender invadir la Confederación, en el principal frente de Virginia (el antes citado Potomac), siendo rechazados por Johnston. Entonces, junto con éste, empezaron a brillar los grandes generales sudistas: Jackson, singularmente Lee, el mayor genio, sin duda, entre los militares que surgieron de la contienda.

Sin embargo, el Norte disponía de enormes medios industriales, que iba aplicando a las construcciones navales y fluviales indispensables en guerra de frentes de tan descomunal extensión como aquella, y en los que la cuestión más esencial era la del transporte y del avituallamiento. Y fué entonces, en la primavera de 1862, cuando ocurrió

el episodio naval al que en el principio de este artículo nos hemos referido y que iba, junto con otro factor, a cambiar la faz de la lucha.

Grant contra Lee

Incapaces de batir a los confederados en Virginia, nuevas y aguerridas tropas nordistas, equipadas con flotillas modernas, se dirigían, por vías fluviales, al corazón del Sur. Las mandaba un general cuyo nombre ha quedado en los fastos de la historia del nuevo Continente: Ulises Grant, más tarde Presidente de la Unión. Grant descendió por el Ohio y el Mississippi y, después de una serie de combates que han perdurado con intenso sabor de romántica aventura, como fué el de la famosa «Isla 10», logró converger con el osado comodoro Farragut, el cual, contorneando la Florida, había logrado, apoderándose de Nueva Orleans, ascender por el curso del gran río. La Confederación quedaba partida en dos, aislada de Tejas y de todo el Oeste que formaba parte de ella. Fué entonces cuando Lee logró aminorar estos triunfos rechazando a los federales y amenazándolos nada menos que con la conquista de Washington, fruto de la batalla de Fredericksburgh, que tuvo en jaque, al borde del abismo, al Norte. Mas los medios de éste prevalecían, y entonces —demostración una vez más de que la causa emancipadora no lo era todo—, sólo entonces, fué cuando Lincoln tuvo la inspiración, de gran efecto político, de abolir la esclavitud por medio de su «Proclama» de 1.º de enero de 1863. La impresión mundial fué extraordinaria, y el efecto moral, muy fuerte para el Sur, que ya andaba exhausto. En abril de aquel año, Lee, que había invadido la Pensylvania, fué rechazado y hubo de retirarse ante Sherman, otro gran general, esta vez nordista, que surgía de la palestra. Grant, entretanto, emprendió un ataque global contra la Confederación, embistiendo esta vez de frente, hasta sitiaria, a su capital, Richmond, en tanto que Sherman desarrollaba un enorme movimiento envolvente que lo hacía dueño de casi todo el Sur. Después de una resistencia realmente heroica, que duró un año entero, Lee rindió su espada a Grant en una granja de Appomatox el 3 de abril de 1865.

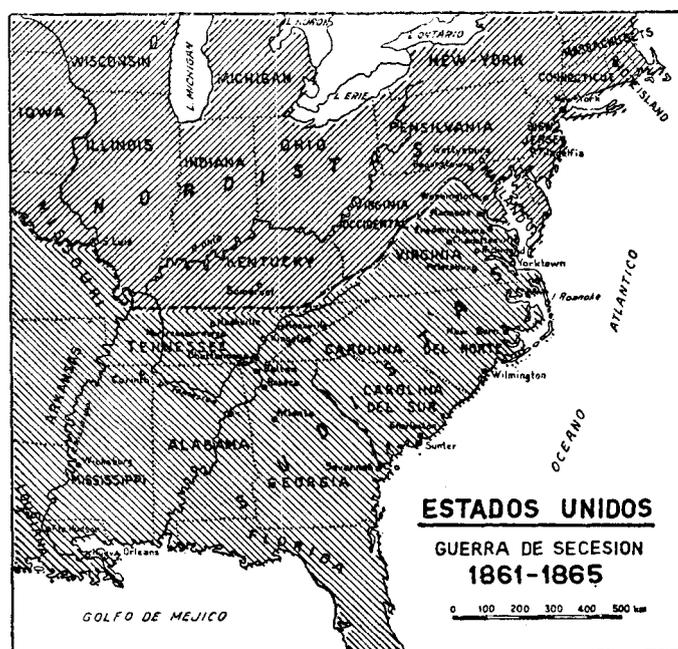
La granja de Appomatox

Fué un episodio muy de sabor de época. Lástima grande que las tropas, singularmente las nordistas, no hubieran mantenido siempre aquel nivel, digno de un Pelópidas o de un Epaminondas, que la historia se ha complacido en otorgarles: la barbarie de las destrucciones inútiles, el espíritu de venganza, la «tierra quemada» que dejaron han quedado como impronta de su salvajismo. Pero la rendición sí fué, con su aparato, digna de aquellos héroes

griegos. Y era quizá un símbolo viviente del espíritu de la lucha que finía. De un biógrafo suyo —eliminamos los ditirambos exagerados e inoportunos— entresacamos esta descripción de la entrevista de ambos caudillos: «Fué uno de los episodios más célebres de la Historia. Al contraste de los dos hombres —Lee, esbelto, vestido correctamente con flamante uniforme gris y portador de una hermosa espada que le había ofrecido Virginia, y Grant, descuidado, vestido como simple soldado— añádiase lo extraño de sus destinos. El aficionado acababa de vencer al profesional. Ninguno de los dos se había interesado apasionadamente por los aspectos políticos del conflicto. Ambos se habían batido valientemente y ambos sufrían. Las condiciones del armisticio fueron generosas...». Más correcto y caballeroso que Cronwell, sin embargo, en Grant parecía revivir aquel Protector, el vencedor, y en Lee, el rey Carlos, el vencido. Era signo de los tiempos. En todas partes —así en Europa, singularmente en Alemania— el nordismo, en una u otra forma, siempre violento, revolucionario y democrático, imponía sus formas nuevas...

Aun cuando, si no explícitamente, lo que nosotros llamamos —y humildemente nos complacemos en estudiar— «Teología de la Historia» no ha podido ser materia desconocida para ningún santo, no siempre, que nosotros sepamos, los santos se han apasionado por ella, aun cuando hayan sido sus principales y más elevados autores. Rodeado de sus negros, San Pedro Claver, ilustre en Teología —tanto, que supo convertir, cosa poco menos que moralmente imposible, a conspicuos protestantes que con él tuvieron contacto circunstancial—, «parecía» ocuparse poco en las cuestiones políticas que durante su vida —siglo xvii— precisamente atravesaban un instante tan crucial. Jamás, cuentan en «su vida», pedía noticias de España, empeñada entonces en su lucha desigual y trágica contra las fuerzas protestantes en la guerra de los Treinta Años y traicionada constantemente por insurrecciones dentro de sus dominios. Del confesonario de Cartagena de Indias a la granja de Appomatox donde rendía sus armas el inmenso ejército confederado, habían de transcurrir doscientos años cargados de historia e iba a abrirse una era nueva en la que los Estados Unidos iban a aportar en la balanza mundial un peso como la humanidad nunca había visto... Son dos cosas, éstas, harto heterogéneas y que más bien a algún lector parezcan de órdenes completamente apartados, equívocos. Mas no es así. En la marcha majestuosa de los tiempos, el Señor de la Historia había previsto un apostolado auténticamente «antiesclavista» trascendental, como también la formación de una Potencia de política «antiesclavista» sin igual en fuerza y dinamismo... No dudemos que ambas integran un mismo plan cuyos destinos tiene la Providencia escritos en sus arcanos que un día habremos, reverentes y admirados, de venerar.

Luis Creus Vidal



Nuevas formas de esclavitud

La trata de negros

La trata organizada de hombres negros por los europeos puede afirmarse que comienza en el siglo xv, con anterioridad al descubrimiento de América. Bien es verdad que el tráfico de esclavos africanos realizado por mercaderes pertenecientes a países cristianos no alcanza su pleno desarrollo hasta los comienzos del siglo siguiente, por los descubrimientos de grandes extensiones de territorios faltos de suficiente población, hacia los cuales pueden dirigir los inicuos traficantes de mercancía humana el producto de sus razias por tierras de Africa; pero también es cierto que los viajes emprendidos principalmente por los navegantes portugueses en busca de una ruta marítima, rumbo al Este, que comunicara con las Indias, dieron ocasión a que se iniciara el innoble tráfico, sin que los países cristianos impidieran el arraigo de tan nefasto comercio, que había de convertirse en baldón infamante para quienes no supieron o no quisieron ahogarlo en sus comienzos.

Desde el primer momento, la Iglesia levantó su voz contra ese renacimiento de la esclavitud, realizado bajo pretextos económicos, e incluso invocando retorcidas explicaciones hijas de un humanitarismo falso, imposible, por lo tanto, de compaginar con los principios cristianos de libertad e igualdad de todos los hombres, y, en consecuencia, enemigo de la dignidad de la persona humana, creada por Dios a su imagen y semejanza, y redimida, sin distinción de razas y de condiciones sociales, por Cristo nuestro Salvador. Por eso — ha escrito Su Santidad León XIII —, «la Sede Apostólica cuidó con gran diligencia de que en ninguna parte rebrotasen los gérmenes de aquella maldad. A tal fin dirigió su vigilante cuidado a las regiones nuevamente descubiertas de Asia, Africa y de América, pues llegaban noticias de que los jefes de aquellas expediciones, aunque cristianos, habían hecho servir sus armas y su talento poco justamente, para establecer e imponer la esclavitud a gentes inofensivas. La dura naturaleza del suelo que se trataba de someter y no menos los trabajos exigidos por la explotación de las riquezas minerales, indujeron a adoptar decisiones absolutamente inhumanas e injustas, iniciándose cierto comercio de esclavos importados de Etiopía, que fué llamado la trata de negros y que se propagó excesivamente en aquellos países» (1).

Todos los Pontífices condenaron el estado de cosas creado fundamentalmente por el afán de lucro de hombres sin escrúpulos; pero la trata fué continuada con inaudita crueldad y trágica perseverancia. Un relato del explorador inglés Samuel White Baker explica la forma en que se llevaba a cabo la captura de los infelices negros. «En el Nilo Blanco — dice en uno de sus libros —, un aventurero toma dinero a préstamo al cien por cien, y con él engancha una banda de asesinos y marcha hacia el mes de diciembre; más allá de Gondokoro se une a un cabecilla negro cualquiera, circunda un pueblo que le es hostil, lo incendia, mata a los hombres y se apodera de las mujeres, de los niños y de las bestias, que carga con el marfil y el resto del botín; el cabecilla negro obtiene treinta o cuarenta cabezas de ganado, otro tercio de éste corresponde a la gente de la expedición, y el resto al negociante, que poco a poco se hace dueño de todo cambiando con esclavos lo que tocó a sus hombres, y, con frecuencia,

aprovecha una ocasión para matar al cabecilla aliado, cuyo pueblo es a la vuelta saqueado y reducido a esclavitud; el ganado se cambia después por esclavos y marfil, y el negociante toma el camino de Kartum; poco antes de llegar se desembaraza de los esclavos, que manda a los países musulmanes, y entra en la ciudad con el marfil y con el oro; se establece y se convierte en capitalista.» Baker exploró en 1861 el Nilo, y en 1864 descubrió el lago que bautizó con el nombre de Alberto. O sea que la descripción que hemos reproducido del gran viajero corresponde al período en que mayor empuje alcanzaba la campaña abolicionista, y después de haberse firmado gran número de tratados a ese respecto. ¡Cuántos horrores y crueldades no se habían cometido ya con los pobres y desamparados africanos!

El proletariado

El Africa ha quedado, en el recuerdo de nuestros tiempos, como el trágico exponente de lo que puede dar de sí una sociedad formada en las máximas del naturalismo, negador de toda dependencia de Dios y, por lo tanto, desconocedor del respeto debido al hombre por su origen y por el altísimo fin a que está destinado. Desapareció, no obstante, la esclavitud, aunque no en términos absolutos, en su forma más cruel y brutal; pero no ha desaparecido el principio de explotación del hombre por el hombre, si bien en nuestros días ha revestido externamente formas tal vez menos ofensivas, pero en muchas ocasiones quizá más denigrantes y cínicas.

La economía liberal, al dogmatizar que el libre juego de las fuerzas económicas es la base y fundamento del desenvolvimiento de los pueblos, olvidando los supremos postulados de la moral, y sentando como única regla infalible de progreso el desarrollo y aumento de la riqueza, dió origen a una nueva forma de explotación humana. El poder absoluto de unos pocos frente a una masa ingente de personas obligadas a vender su trabajo según el precio determinado por la correlación entre la oferta y la demanda, ha creado una legión ingente de depauperados víctimas del egoísmo de los grandes capitalistas.

La fórmula de Quesnay, condensada en la célebre máxima del «laissez faire, laissez passer», unida más tarde a la sistemática destrucción de los gremios — ¡triste gloria del liberalismo! —, provocaron rápidamente el nacimiento de la clase social del proletariado. La dependencia absoluta de los obreros a un jornal que en muchas ocasiones les permitía a duras penas sobrevivir, hizo posible — salvo casos excepcionales — que el patrono pudiera disponer arbitrariamente de sus asalariados como los antiguos dueños de esclavos, con la ventaja para aquél de estar excusado, gracias al régimen imperante, de procurar la conservación material de sus trabajadores.

¿Qué ha sucedido con ello? Pues, sencillamente; el liberalismo, quizá en gran parte conscientemente, ha provocado la reacción del comunismo, sistema hacia el cual Carlos Marx pronosticó que fatalmente se deslizaría la continuada y sistemática concentración capitalista.

Por un lado, la riqueza se va acumulando en manos de unos pocos; por otro, la miseria va lógicamente aumentando entre el pueblo. De ahí arranca la nueva esclavitud, que el propio León XIII, en su encíclica *Rerum novarum* ha subrayado con enérgicas palabras: «Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros

(1) León XIII, Enc. *In plurimis*.

de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.»

Así se engendró ese malestar social del cual se han aprovechado tenazmente los herederos directos del liberalismo, que, al socaire de redimir a los obreros, tratan de subvertir el orden natural y de desarraigar de las conciencias el espíritu religioso. Y así se engendró igualmente la falsa idea de que sólo un Estado fuerte, en su más amplio sentido, sería capaz de evitar el derrumbamiento de la sociedad, cuando en realidad ésta sólo puede ser sanada volviendo sinceramente a la Iglesia de Cristo, porque, como enseña el propio Pontífice, «la fuerza, sin la salvaguardia de la religión, es en extremo débil: a propósito para engendrar la esclavitud más bien que la obediencia» (2).

La explotación de los indígenas en la Unión Sudafricana

Una de las nuevas formas que ha adoptado en nuestros días la esclavitud, es la explotación sistemática de los nativos en los países ocupados por los blancos. En algunas regiones de Africa, sobre todo, subsisten aun actualmente una serie de usos y de modalidades en la contratación de los indígenas que ponen en entredicho la obra civilizadora de que alardean algunas naciones europeas.

En la Unión Sudafricana, concretamente, se dan especialmente casos inconcebibles inspirados por un racismo a ultranza, que sienta la superioridad absoluta del hombre blanco sobre el de cualquier otro color.

Los boers, inspirados por un mal entendido «cristianismo» que veía en el negro, además de un ser inferior, un pagano al que era, por esta razón, lícito esclavizar para utilizarlo en la forma que creyera más conveniente, y aun de destruirlo si entendían que representaba un perjuicio para la colectividad, implantaron el principio fundamental, que subsiste todavía en el actual Dominio, de la absoluta separación entre las razas blanca y negra. El artículo noveno de la Constitución del Transvaal disponía: «El pueblo no tolerará la igualdad entre blancos y negros, ni en el Estado ni en la Iglesia». Siguiendo este principio, no es extraño que se cometieran incontables abusos, ya que el precepto era aplicado con la mayor energía y hasta sus últimas consecuencias. El mismo espíritu que informó aquella Constitución subsiste, como hemos indicado, en la moderna Unión Sudafricana, y preside las decisiones legales del gobierno de ese país.

Los blancos viven totalmente apartados de los negros,

y eso a tal extremo, que los indígenas no pueden circular ni trasladarse fuera del lugar en que habitan sin autorización especial que se concede para un caso concreto, y por un plazo limitado de días. Cuando un negro provisto de la necesaria autorización marcha a la ciudad a buscar trabajo, ha de vivir en los lugares habilitados a tal efecto para los nativos, y solamente puede circular por la ciudad a horas determinadas, pues de lo contrario sería detenido. Con tales impedimentos legales, se logra un absoluto dominio sobre los negros, que se hallan constreñidos a aceptar las condiciones que les ofrecen los empresarios para poder subsistir. Más de un millón de africanos trabajan así en las empresas dirigidas por los blancos, cobrando sueldos inconcebibles, habitando viviendas miserables, imposibilitados de ahorrar nada, destinados únicamente a contemplar cómo a su costa se enriquecen sus dominadores.

No es de extrañar que ante el estado calamitoso en que se hallan los indefensos indígenas, los obispos del Africa del Sur se hayan dirigido recientemente al Gobierno, solicitando que la nueva ley urbana garantice a los negros la posibilidad de poder organizar en las ciudades una vida familiar digna. «En el pasado — escriben los obispos —, el principio básico era que la ciudad era propiedad exclusiva y privada de los europeos y el indígena era un transeúnte sin derecho a situarse en la ciudad o ser miembro de dicha comunidad. Con la industrialización de los distritos urbanos, el indígena se ha hecho parte de esa comunidad, esencial para el mantenimiento y estabilidad económica de la sociedad urbana. La Iglesia — concluyen los prelados — no condena las distinciones sociales entre los hombres; pero por encima de esas distinciones, todos los hombres tienen derecho a la vida, a la libertad, a la consecución de la felicidad, a las oportunidades para tales cosas como el culto, educación, vivir decente, sana recreación, perfeccionamiento propio en lo cultural y humano, con un reconocimiento pleno de su dignidad humana.»

* * *

Y no olviden, tampoco, aquellos que se hallan entregados a la labor de apostolado entre los oprimidos de todas clases, que — como enseña el Papa León XIII, en su encíclica *In plurimis* — «no obtendrán ningún éxito en este punto hasta que, sostenidos por la divina gracia, se entreguen totalmente a propagar nuestra santa fe y trabajen cada día con más ardor a su desarrollo, ya que el fruto propio de esta fe es el favorecer y engendrar admirablemente la libertad en la cual hemos sido liberados por Cristo».

José-Oriol Cuffi Canadell

(2) León XIII. Enc. *Sapientiae christianae*.

¿Puedes creer, lector amable, que si una persona, viera en Jesús, no como los Apóstoles en su día un fantasma, una mera sombra consoladora sino un hombre real y verdadero, un hombre de carne y hueso que vive en el cielo interpellando por nosotros no sanaría de la enfermedad de su espíritu? ¿Y qué, si íntimamente se persuadiera que Jesús tiene corazón, con todo el sentido que esto tiene, con todo lo que esto dice al alma, quedaría en aquel espíritu enfermo rastro de su enfermedad? ¿Y qué, si estuviera persuadido que Jesús tiene boca y lengua y que aun viviendo en su vida celeste hubiera querido valerse de estos labios y esta lengua para recordar a los hombres este hecho semiolvidado, que Él tiene Corazón?

«Corazón de Jesús, en donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». N.º 29 CRISTIANDAD

Orientalidad de la fiesta del Nacimiento de María

(8 de septiembre)

Todos los meses del año parece que rivalizan en cantar los loores de la Reina del cielo. Diríase que todos ellos quieren llevarse la palma, acogiendo en sus efemérides o los fundamentos dogmáticos de las grandezas de Nuestra Señora, o las más bellas advocaciones que la piedad del pueblo ha sabido darle en reconocimiento de los innumerables beneficios que por Ella nos vienen.

La Virgen de septiembre

La fiesta típica de María en el mes de septiembre es la de su *Natividad*; tan extendida en todos los ámbitos del orbe cristiano, que no pocas catedrales y santuarios sin cuento la celebran como titular y Patrona. Y nótese que en este último caso las advocaciones de la Imagen en ellos venerada pueden ser tan diversas como las de la Virgen de Belén, del Camino o de la Fuensanta. ¡Qué interesante sería un estudio folklórico sobre el particular! Tal vez halláramos el lazo de unión de esas mil advocaciones tan diferentes con la fiesta del Nacimiento de la Virgen en el sentimiento espontáneo de gozo que suscita, y que tan maravillosamente se refleja en los brotes del bullicioso contento, propio de todas las romerías populares.

...fiesta del Oriente...

Apresurémonos a decir, entrando ya en materia, que la Natividad de María, aun en su nota predominante de popular regocijo, es una fiesta venida del Oriente.

Claro está que la Iglesia Latina desde remotos siglos la celebra, y que en el rezo divino de los sacerdotes la hace resaltar con bellísimas antífonas como una de las más atractivas; porque no sólo enaltece con ellas las regias prerrogativas de la Madre de Dios, sino que nos une a todos íntimamente a sus gracias por el gozo que su Nacimiento despertó en el mundo, y que de año en año se renueva con siempre gratisimo y bienhadado recuerdo.

Pero la Iglesia Latina debe todo esto al Oriente cristiano, donde tuvo origen la actual celebración. Revestida en sus adjuntos, desde el comienzo, con aires de poética leyenda, logró cautivar el corazón del pueblo y aun cimentar por mucho tiempo, sin necesidad de documentos escritos, un culto piadosamente tradicional, cuyo eco pudieron recoger más tarde en inspirados sermones San Andrés Cretense y San Juan Damasceno, en el siglo octavo, y antes de ellos, respectivamente en el quinto y en el sexto siglo, los poetas Sinesio de Tolemaida y Romano el Melode, que nosotros diríamos el Cantor. Por cierto que éste, con los sentidos júbilos de su admirable *kontákion* (oda eclesiástica) en honor de la Natividad de la Virgen, fué riquísima fuente de inspiración para otros poetas orientales, como el célebre himnógrafo José, del siglo nono, y Teodoro Pródromo, del doce; más aún, parece que su espíritu de íntima poesía y de profunda piedad se transfundió todo entero aún en otros escritores occidentales, y que vibra todavía — aunque un poco de rechazo — en las antífonas y responsorios propios del rezo latino.

...antiquísima...

¿Desde cuándo? No es fácil determinararlo con seguridad. Porque prescindiendo del fundamento dogmático del

culto tributado a la Virgen Santísima, que no es otro sino la íntima unión de María con la persona adorable de Jesucristo (por lo cual podemos decir que en el pueblo cristiano al lado del Hijo halló siempre eco la veneración y ensalzamiento de la Madre), históricamente no consta que el culto de María, especificado como ahora está en diversos Misterios o advocaciones, haya tenido entrada en la Iglesia de Dios sino muy lentamente con el andar de los siglos. Pero no menos históricamente se prueba que el culto de la *Natividad* de Nuestra Señora es el que más de cerca siguió al de la Dormición o Muerte de María con su gloriosa Asunción a los cielos, que fué, sin duda, el primero de todos.

...traída en alas de leyenda...

Como nada nos dice la Sagrada Escritura del nacimiento de la Virgen, la creencia actual de la Iglesia (popular, digámoslo así, no dogmática) sobre las circunstancias que le rodearon deriva de la *leyenda oriental* de un evangelio apócrifo, atribuido a Santiago el Menor, de Jerusalén.

Es este escrito el llamado «Protoevangelio de Santiago», que se remonta a la venerable antigüedad de fines del siglo II, y en él leemos que dos ancianos esposos de Jerusalén, Joaquín y Ana, tristes por la repulsa del sacerdote Rubén, que no les permite hacer oblationes en el Templo, reprochándoles así el no haberles bendecido el Señor con descendencia, se retiran de común acuerdo para intensificar su oración, a fin de que Jehová se apiade de ellos, les libre de la esterilidad — verdadero oprobio entre el pueblo judío — y les conceda la felicidad de ser padres. Joaquín, pues, oraba en el monte, donde guardaba las ovejas, y Ana en el jardín de su casa. Mas un día el ángel del Señor los consuela, anunciándoles que serán bendecidos, porque sus ruegos han sido escuchados. Desciende, por lo tanto, del monte el viejo Joaquín, a su encuentro se precipita Ana, radiante de gozo, hacia la puerta de la Santa Ciudad; y, pasado el tiempo normal del embarazo, tiene la dicha de dar a luz el fruto de tantas plegarias: una Niña, que ella y su esposo llamaron María.

...poco acogida en Occidente.

Tal es la leyenda que, conocida en Occidente, obtuvo poquisimo favor. San Agustín, a lo más, concede que se puedan retener los nombres de Joaquín y Ana. San Jerónimo ni eso; porque pretende que el nombre del padre de la Virgen fuese Cleofás. Por otra parte, los Papas Inocencio I y Gelasio I, negando toda autoridad al «Protoevangelio de Santiago», prohibieron su lectura; y así puede explicarse cómo en la Iglesia Latina la fiesta de la Natividad de María no aparece en documento alguno, sino hasta finalizar casi el siglo VII, en el «Liber Pontificalis», entre los hechos del Papa Sergio I. Verdad es que bien puede deducirse de lo que allí se dice que ya de antes se celebraba esa fiesta entre nosotros; pero, de todos modos, no mucho antes ciertamente. En tiempo de San Gregorio Magno, es decir, un siglo más atrás, no se festejaba aún en Roma el nacimiento de la Virgen, a pesar de que este Papa pudo contemplar su culto ya lozano en el tiempo que moró en la capital del Imperio de Oriente.

En Oriente la leyenda triunfa...

No, claro está, que los bizantinos tuvieran por canónico el «Protoevangelio de Santiago»; pero no hallaron dificultad en admitir que, bajo el relato de un escrito tardío y apócrifo, se pudiese entrever el hecho de una verdad histórica. Con esto no solamente la graciosa leyenda arraigó en los pueblos sencillos orientales, propensos más que los latinos al ensueño de una poética ficción, sino que, expandiéndose, provocó la aparición de otros dos escritos también legendarios: el «Libro del Nacimiento de la Santa Virgen», del siglo v, llamado por otro nombre «Evangelio del pseudo Mateo», y mucho más tarde, en la nona centuria, aun otro anónimo «Evangelio de la Natividad de María».

Con esto ni que decir tiene que el culto particular de la presente fiesta entró de lleno en la Iglesia de Oriente desde remotos siglos; de tal manera que, si hubiésemos de creer la sugerencia de Paleónidas (autor poco seguro aun en otros datos verificables), hasta habría existido en Jerusalén, antes ya del siglo iv, un templo dedicado a la Virgen en su advocación de la Natividad.

...se agranda...

Nada de esto. Lo que hay de cierto es que, más tarde, en la época bizantina, la capital de la Judea había unido al Santuario de la Probática Piscina el nombre de Nuestra Señora. Y ¿por qué así? Precisamente por la ley del desdoblamiento de las leyendas: lo que no tiene sino un origen legendario se va enriqueciendo con nuevos datos, ficticios también, al paso del tiempo. Vedlo, si no, en la leyenda de la Natividad. Como en el «Protoevangelio de Santiago» nada se decía de la cualidad de los padres de la Virgen, sino que vivían en Jerusalén, la fantasía popular talló un anillo de unión facilísima entre el hecho de que Joaquín guardaba las ovejas en el monte (y téngase en cuenta que en griego —la lengua de Bizancio— oveja se dice *próbaton*) y la Probática Piscina; y al convertirse en basílica cristiana este lugar de la antigua Ley, necesario para los sacrificios, se le hizo valer como el genuino solar de la casa de Joaquín. Nada más fácil, según eso, que creer la nueva basílica como el templo de la Natividad de Nuestra Señora. Y no solamente el pueblo sencillo; el mismo San Juan Damasceno, tan ilustrado, siglos más tarde parece que lo llegó a creer. «Cante al Señor la tierra toda, glorifiquenle sin temor a grandes voces — dice con un juego de palabras un tanto rebuscado —, porque en la santa Probática ha nacido la Madre de Dios, de la cual a su vez quiso venir al mundo el Cordero Divino, que borra los pecados.»

...y se desdobra.

Mas no se crea que, fundándose, como hemos visto, la fiesta de la Natividad de María en el «Protoevangelio de Santiago», se mantuvo firme la leyenda en hacer de Jerusalén el teatro de tan fausto acontecimiento. No. La tradición de Jerusalén no pasa de ser una tradición local, contrastada casi desde sus comienzos por varias otras. También Belén y la risueña Nazaret se disputan la gloria de haber nacido la cuna de la Virgen.

Belén

A favor de Belén se inclinaba ya, al final del siglo iv, San Juan Crisóstomo, y pocos años después compartió su opinión San Cirilo de Alejandría.

Nazaret

En cambio, por Nazaret, como patria de María, abogan principalmente, aunque en siglos posteriores, los armenios y sirios, como consta por su Sinaxario y por el testimonio de Hipólito de Tebas y de Epifanio, monje. Esta creencia, la única que pudiera ostentar cierta verosimilitud, emparentándola con el relato evangélico de la Anunciación, cuando por vez primera aparece en escena la Virgen María en su casita de Nazaret, se funda en el apócrifo oriental «Evangelio de la Natividad», del que antes hablamos; y tan arraigada estaba tanto en buena parte del Oriente como en todo el Occidente, cuando, tardío ya, admitió la fiesta del 8 de septiembre, que, al comenzar las Cruzadas, los primeros guerreros francos, queriendo reedificar en Nazaret un templo de la Natividad, no dudaron en grabar en el pavimento una pequeña cruz, para señalar el sitio donde la Madre de Dios había nacido.

Jerusalén

Sin embargo, en estos últimos tiempos, creemos que la tradición de Jerusalén es la que ha hallado más acogida en el pueblo cristiano de Oriente y Occidente. No podemos detenernos en minuciosos detalles; digamos solamente que hasta se la encuentra consignada en un Breve pontificio, el de León XIII, dirigido el 26 de agosto de 1880 a la iglesia de Santa Ana de la Ciudad Santa palestinense. Pero adviértase (para dejar las cosas en su justo punto) que la autoridad de tal documento atestigua, ciertamente, la tradición constante de Jerusalén; pero nada decide, ni puede hacerlo, sobre la veracidad de la misma.

Albricias de toda la Iglesia

Cerremos estas rápidas notas con una observación. La Santa Iglesia, en Oriente primero y luego en Occidente, acogió con un mismo espíritu de *intensa alegría* la fiesta de la Natividad de la Virgen sin mancha. Ese íntimo gozo, que no es diverso del que nos trae la aurora cuando alborrea risueña, anunciando la llegada de un día radiante, se desbordó como de acuerdo por entre las estrofas de los cantos litúrgicos de la Iglesia Universal. Preludió el Oriente con la lira del himnógrafo José: «Como en triunfo—cantaba—, con himnos de alegría celebremos el divino Nacimiento de la Madre de Dios, porque con Ella nació para el universo mundo el que de veras es gozo, que disipó la tristeza del primer padre derivada... Como brota la fuente de una pequeña gota, así brotó la Virgen toda pura de la que era estéril; Ella, en cambio, de su seno derramará sobre la tierra al que es manantial insondable de salud, que hará que se agoten los desbordados torrentes de la idolatría.» Y responde como un eco, con metáforas diversas, nuestra Iglesia Latina: «Con regocijo celebremos el Nacimiento de la Virgen María, para que ella interceda por nosotros a Cristo Nuestro Señor... Con cuerpo y alma demos la gloria de esta solemnidad a Cristo; y así como de María germinó para el mundo el árbol de nuestro remedio, así también Dios quiera que la tranquila alborada de la Madre nos anuncie el día espléndido de la paz, Príncipe de la cual es su divino Hijo.»

Manuel Candal, S. J.,

Profesor del Pontificio Instituto Oriental

Roma, julio 1947.

La conspiración comunista

II RETORNO A LA BARBARIE

N. C. Confío en que una breve exposición de mis experiencias personales como líder comunista, servirá para hacer resaltar todo el vigor que caracteriza la condenación lanzada por Pío XI contra el comunismo ateo. Si logro mi propósito, los hombres de buena voluntad apreciarán aún más el arma que Su Santidad ha puesto en manos de ellos para la protección de los pueblos. Para combatir con éxito el fascismo rojo es preciso conocerlo en todos sus aspectos.

¿Cuál es la principal acusación que Pío XI ha formulado contra el comunismo? Nada menos que la de hacer retroceder al mundo a la barbarie. «Una barbarie — afirma el Papa — peor que la que agobiaba a gran parte de la humanidad en los tiempos del advenimiento del Redentor.»

Aquellos que conocen el régimen soviético a través de las fuentes confidenciales de ese mismo régimen, tal como yo lo conozco, saben cuán exacta es la condenación de Pío XI. La barbarie de la dictadura soviética la atestiguan, ante todo, los millones de seres humanos que continúan languideciendo y pereciendo en los lejanos campos de concentración de aquel país de esclavos. Como director-gerente del «Daily Worker», yo recibí, a partir de 1940, informes y órdenes de fuente soviética que de hecho comprueban la existencia de tan horribles prisiones políticas y, más aún, que esas prisiones crecen y se multiplican.

Campos soviéticos de concentración

La información que llegaba a mi escritorio se presentaba siempre en forma negativa, a modo de advertencias de que no se publicaran tales o cuales acusaciones o declaraciones contra esos campos de concentración. A medida que aquellas advertencias se hacían más frecuentes, comencé a intuir con toda claridad que seres humanos de todas las clases sociales y de todas las nacionalidades, estaban siendo aglomerados en infernales ergástulas. Sistemáticamente se me ponía en guardia contra la divulgación de cuanto pudiese referirse a las «versiones» que circulaban insistentemente en toda Europa, en relación con esos campos. Se susurraba que gemían confinados en tan monstruosas prisiones, hombres y mujeres, trabajadores, escritores, profesores y miembros del pueblo judío.

Por lo que pude aprender de aquellas «instrucciones», siempre negativas, yo acuso a los dictadores soviéticos de aglomerar hombres y mujeres y niños en barracas inhumanas, donde, con el contagio de enfermedades de toda índole, reina la muerte. Esos campos de concentración solamente pueden compararse, por su barbarie, con los peores que concibió la mente de Hitler. La verdad será descubierta por el mundo, a pesar de la «cortina de hierro» y de la NKVD, antes de que transcurran muchos meses. Hombres y mujeres que logran huir de esas prisiones descubrirán cuán espantosa es la degradación que impera detrás de sus cercas de púas aceradas, tan celosamente custodiadas por los esbirros soviéticos.

La barbarie del régimen comunista se revela, además, en la forma misteriosa en que se hace desaparecer a los disidentes de alta categoría. Esas vidas se eliminan sin ruido, pero a los comunistas de ultramar se les advierte secretamente que los desaparecidos eran «enemigos del pueblo».....

Bajo el talón soviético

Confirma la barbarie de la dictadura comunista en Rusia la crueldad bestial con que se trata a los países dominados por el Soviet. Cuando el Gobierno ruso quebrantó

las promesas solemnes anteriormente hechas a Letonia, Estonia y Lituania, invadiendo esas pequeñas naciones, el «Daily Worker» recibió instrucciones de propalar noticias en el sentido de que esos pueblos daban la «bienvenida» al Ejército Rojo. Se proporcionó entonces al periódico material informativo de toda índole, de fuentes soviéticas por supuesto, que expresaba y repetía en todos los tonos la versión de que «los trabajadores y los campesinos» se habían apresurado a recibir con palmas a los invasores, vitoreándolos y agasajándolos.

Poco después recibíamos instrucciones en el sentido de que no debían publicarse noticias de deportaciones a Siberia perpetradas con ciudadanos de esas tierras. En todos los países que han caído bajo el talón del Ejército Rojo, esas deportaciones, puedo afirmarlo categóricamente, han estado a la orden del día. Tan horribles tácticas siempre se desarrollan con actos de terrorismo despiadado, ese terrorismo que con tanta elocuencia ha descrito recientemente Rouben Markham, del cuerpo de redacción del «Christian Science Monitor», en el semanario socialdemocrático «The New Leader». Los actos de barbarie perpetrados por los fascistas rojos en Rumania y Bulgaria solamente pueden compararse con los más perversos desvaríos de los nazis.

El odio anticristiano

Caracteriza la barbarie de la dictadura del Kremlin, además, su guerra implacable contra la Iglesia Católica, la gran defensora, a través de la Historia, de la Civilización Cristiana. En la actualidad se está llegando a un nuevo período de furiosa acometividad. Toda la edición del «New Times» — disfraz contemporáneo de la revista «La Internacional Comunista» — está repleta de ataques a la Iglesia Católica. Lo que da trascendental importancia a esas embestidas es el hecho de que el «New Times», distribuido gratis a todos los comunistas militantes, marca la pauta a la conducta que deben seguir los comunistas de todo el mundo.

En el número de «New Times» correspondiente al 24 de enero de 1947, que acaba de llegar a los Estados Unidos, aparece un extenso y viperino artículo que se intitula «Actividades antidemocráticas del Vaticano». Por democracia entiende el «New Times», desde luego, todo cuanto favorece los intereses soviéticos. «Como puede verse — concluye el órgano del Kremlin — el Vaticano y sus subsidiarios han asumido la dirección política e ideológica de la lucha contra la democracia, valiéndose para ello de la muletila de la guerra contra el comunismo.» De esta manera se coloca a la Iglesia en el mismo plano en que antes se ponía a Hitler, Mussolini y al Mikado, y se la amenaza con la misma suerte que cupo a los derrotados dictadores. Al pronunciarse contra los Cardenales, el autor de la diatriba escribe: «No reconocemos ninguna inmunidad a los Príncipes de la Iglesia Católica».

Todo lo dicho anteriormente comprueba cuán real es la acusación formulada por Pío XI contra el régimen comunista, ese régimen que en verdad es el heraldo de una nueva barbarie. Cuando los pobladores de América perciban integralmente la verdad — sobre todo los católicos — rechazarán esas complacencias que en el pasado tanto cultivaron los apaciguadores. Entonces se darán cuenta de que tienen ante sí una tarea que exige virilidad constante: la tarea de destruir la amenaza que se cierne sobre sus hogares y sobre la patria.

Luis F. Budenz

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

ADQUIERA LA OBRA
del
Dr. D. FELIX SARDA Y SALVANY

El liberalismo es pecado

● Obra que a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:
———— 3 ptas. ejemplar ————

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

■
Suscripción:

Anual . . . 70'00 ptas.

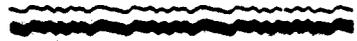
Semestral . 35'00 „

Trimestral . 18'00 „

■
Número ordinario 3'50 pesetas

■
Encuadernación de años anteriores:
Ptas. 25 por cada año
Tapas sueltas: Ptas. 20

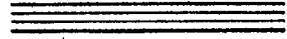
F. P.



BARCELONA

**AYUDAD
A LA
PRENSA CATOLICA**

J. C. S.



VICH (Barcelona)

Academia F.P.B.

**Lauria, 73, pral., 1.^a
BARCELONA**

J. R.

Villanueva y Geltrú

AYUDA A LA PRENSA CATOLICA

J. F. - Tarrasa